



Elizabeth
Schön
ANTOLOGÍA POÉTICA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Elizabeth Schön Poeta, dramaturga y ensayista nacida en Caracas en 1921. Tras obtener su licenciatura en Filosofía, colaboró con importantes publicaciones periódicas del país. En su obra poética dio preponderancia a la exploración existencial, mientras que en el teatro expuso sus preocupaciones sobre la condición femenina en determinados entornos sociales. Fue reconocida con el Premio Municipal de Poesía en 1971 y el Premio Nacional de Literatura en 1994. Varias de sus obras son: *La gruta venidera* (1953), *Incesante aparecer* (1977), *Encendido esparcimiento* (1981), *Ropaje de ceniza* (1993) y *Luz oval* (2006). Murió en Caracas en 2007.

« *De Jerusalén*, 1985.

Armando Barrios



133

Antología poética

ELIZABETH SCHÖN

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Antología poética

ELIZABETH SCHÖN

Prólogo de Luisana Itriago



Índice

- 13 Prólogo: Poética del vínculo
- 27 LA GRUTA VENIDERA (1953)
- 37 EN EL ALLÁ DISPARADO DESDE NINGÚN COMIENZO (1962)
- 53 EL ABUELO, LA CESTA Y EL MAR (1965)
- 69 LA CISTERNA INSONDABLE (1971)
- 87 MI AROMA DE LUMBRE (1971)
- 103 CASI UN PAÍS (1972)
- 121 ES OÍR LA VERTIENTE (1973)
- 139 INCESANTE APARECER (1977)
- 161 ENCENDIDO ESPARCIMIENTO (1981)
- 183 DEL ANTIGUO LABRADOR (1983)
- 185 El alcance de lo infinito
- 190 La faz rodante del grano
- 194 Del antiguo labrador

- 199 **CONCAVIDAD DE HORIZONTES (1986)**
- 201 La falsedad
- 203 Concavidad de horizontes
- 219 **ROPAJE DE CENIZA (1993)**
- 237 **AÚN EL QUE NO LLEGA (1993)**
- 257 **ÁRBOL DEL OSCURO ACERCAMIENTO (1994)**
- 277 **CAMPO DE RESURRECCIÓN (1994)**
- 297 **LA FLOR, EL BARCO, EL ALMA (1995)**

Prólogo*

Poética del vínculo

*Lo existente es una piel nacida
de lo inexistente
para la palabra y el vínculo*
(ELIZABETH SCHÖN: *La flor, el barco, el alma*)

Una primera mirada para descifrar los hilos reveladores del universo poético de Elizabeth Schön remite, inicialmente, a la enumeración de elementos diversos como constante iluminadora evidente en la construcción de sus versos. No es afán gratuito de inventariar; tampoco de establecer límites, ni de señalar oposiciones, lo que cohesiona los disímiles elementos de estas enumeraciones. La coherencia nace de sutiles relaciones, enhebrándose en permanente fluir hacia una totalidad. Así, por ejemplo, desde el cálido recinto de lo inmediato sensorial, se surcan tierra y espacios, al unísono “con la redondez plena del mundo y de los astros”:

“...
Te prefería suave,
caluroso,
dulce,
de las acequias,
los arroyos,
los nidos,
los aires,

[*]_ Todas las referencias y notas corresponden a poemas y libros de Elizabeth Schön.

los espacios,
con la redondez plena del mundo y de los astros”¹

O bien, desde la simplicidad del “Punto de la flor”, se alcanza simultáneamente la unidad “en los cielos todos”:

“Punto de la flor
Punto de la piedra
Punto del árbol
Punto del cielo
en los cielos todos”².

Gradualmente se va develando una especial armonía cuando cada palabra requiere, para deslizarse, de la presencia de otra, y otra más, hasta alcanzar su sentido en el espacio del vínculo “para que los límites no nos asombren como precipicios lejanos unos de los otros”:

“El espacio de los puntos
y de las líneas
es igual al de la piel,
ambos tejen las distancias
para que los límites
no nos asombren como precipicios
lejanos unos de los otros”³.

Los diversos elementos, objetos y seres designados a través de este nombrar enumerativo se articulan en una red de afinidades en la que se vislumbran insospechadas cercanías:

[1]_ *Incesante aparecer*. Caracas- Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1977, p. 17.

[2]_ *Aun el que no llega*. (Colección Vertiente Continua). Caracas: Gráficas Acea, 1993, p. 3.

[3]_ *Ibidem*, p. 36.

“Para la vida sólo existe
 la necesidad de la unión.
 Y si no quieres creerme,
 mírale el círculo a la tierra,
 ve cómo la sujeta
 ve cómo mantiene actuante
 cuanto vemos y no vemos,
 cuanto amamos y no amamos,
 cuanto nace, se multiplica y muere.
 Y proseguías
 —Entonces,
 ¿por qué asombrarse
 frente a los muchos semblantes diferentes,
 y atemorizarse
 ante un agua con el viento
 y el fuego dentro?
 Y lo repetías
 —La redondez del círculo
 lo soporta todo,
 aun a ti,
 a mí,
 tan distintos uno del otro...”⁴

No es el caso, sin embargo, de que este requerimiento de vínculo nazca porque la palabra en sí misma se considere vacía o carente de significaciones; por el contrario, caracterizar este universo poético es constatar la reivindicación —enraizada en la función esencial de la poesía— del nombrar como portador de las más genuinas relaciones del ser humano con el mundo. Esa instancia primigenia se despliega sugerentemente en los diversos libros de Elizabeth Schön:

[4]_ *Incesante aparecer*, op. cit., p. 52.

Desde un despertar que descubre las cosas, en donde, por ejemplo, contemplar el fruto, la hoja y el árbol es apropiarse y sentir “el latido amoroso” de una “silenciosa entrega”:

“Mirar al fruto y sentir,
 ...
 quedar allí,
 junto a su lumbre
 escuchando,
 amando,
 ...”⁵
 “Arribar a la hoja
 y saber que jamás la habíamos habitado
 y quedarnos con ella
 aspirando su lento fluir
 su tímida convulsión
 ...”⁶
 “...
 que el árbol entre
 para aprender a distinguir su cuerpo
 y poseerlo
 hasta sentir que en los espacios
 vibra únicamente el latido amoroso
 de su silenciosa entrega”⁷.

Hasta la constatación de que a cada cosa va adjunta su voz, instante privilegiado que sólo puede aflorar cuando las pupilas de un niño tocan lo hondo de la tierra: “Va el niño. / Va hacia donde están los aires, las

[5]_ *Es oír la vertiente*. Caracas: Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1973, p. 39.

[6]_ *Ibidem*, p. 40.

[7]_ *Ibidem*, p. 41.

lluvias, los hombres. / Y sólo si sus pupilas tocan lo hondo de la tierra se le ofrece el nombre...”⁸

Cada palabra busca recrear la sorpresa de ese primer instante que devela la existencia de los objetos y de nosotros con el mundo:

“Digo mar
y resplandecen las rodela
y se alargan los alcores
mas sólo he pronunciado
aquella voz primaria
...
con la que el hombre
se unió a la tierra y a los cielos”⁹.

Esta voz no es simple simulacro porque al retumbar, “igual al árbol, / al viento / a la arena, / ella también posee” y, como frágil embarcación, recorre cielo y tierra para otorgar “la primaria y única ofrenda” propiciatoria del nacimiento:

“...
La palabra
pequeña nube
pequeña embarcación
que recorre todos los extremos
del cielo y de la tierra
llevando consigo aquella
primaria y única ofrenda
de la que nacieron astro,
césped
pupila y sol...”¹⁰

[8]_ *Del antiguo labrador*. Caracas: Editorial Arte, 1983, p. 27.

[9]_ *La cisterna insondable*. Caracas: Talleres litográficos de “Servicios Venezolanos de Publicidad”, 1971, p. 97.

[10]_ *Ibidem*, p. 103.

Entonces, porque cada palabra ciñe en su nombrar con ese “peso de las cosas que si vamos a nombrar estalla”¹¹, pueden tejerse redes unitarias de sentido en las que “el enlace se asienta con la reciedumbre del pedestal encajado en la tierra”¹²

Esta misma constitución de la palabra poética, presagadora del vínculo desde su honda raigambre existencial, inunda las imágenes que se convertirán en símbolos de polifacéticos significados en cada una de sus obras¹³. Ellos comportan características que sugieren la constante movilidad para acercar: así los velámenes cruzan los mares; el labrador lanza las semillas; el pájaro, en su *Incesante aparecer*, anula las distancias y los límites. Otros símbolos, afianzando aún más esta voluntad de cercanía, se presentan como recinto acogedor. Así la gruta, el grano, el nido, la cesta, la cisterna, la vertiente, el fruto, pasan a ser inmensos continentes donde se establecen el albergue, la comunión de la ofrenda o de la dádiva. Desde esta perspectiva, la palabra poética pareciera convertirse en un gran vientre materno en indetenible gestación: simiente fértil para el alumbramiento y la vida.

Una fina urdimbre de correspondencias emana de la entraña de este particular nombrar poético, y a los aspectos ya revisados se añaden los impedimentos que obstaculizan la senda del hallazgo para asentar el vínculo. En este recorrido se hace inminente, en primera instancia, el destierro de la razón:

“Que retorne la frescura a la cuenca
para sentir de nuevo
su constante dulzura

[11]_ *Es oír la vertiente*, op. cit., p. 47.

[12]_ *La cisterna insondable*, op. cit., p. 98.

[13]_ Estos símbolos aluden a los títulos —*Del antiguo labrador, Incesante aparecer, La gruta verdadera, El abuelo, La cesta y el mar, La cisterna insondable, Es oír la vertiente*— así como a imágenes cuya reiterada presencia las convierte en leit motiv y que circulan en las diversas obras de Elizabeth Schön.

donde resuena el antiguo camino de los bueyes
y seguir,
para que nunca más la razón anide
en la senda oscura del hallazgo”¹⁴.

Este destierro implica que la verdadera sabiduría no se otorga al abrigo del axioma o de la ley: ella nace cuando el alma contempla por primera vez:

“Hay una sabiduría
...
que se siente si al alma
le arrancan las vellosidades
y contempla como si nunca
hubiera visto.
Las otras sabidurías
las que brindan el axioma
la ley
son ropajes con los que los seres
se revisten...”¹⁵

La verdadera sabiduría “es la del río / que se desliza, / la de las aguas que reciben/ y reparten los resplandores”¹⁶. Es la sabiduría que, más allá del teorema y de la ley, proporciona “el único y veraz descubrimiento”:

“...
Sólo se es capaz de un descubrimiento
y no el que implica el teorema
la ley.
Hablo de ese único y veraz
que nos hace sentir como si

[14]_ *Es oír la vertiente*, op. cit., p. 56.

[15]_ *La cisterna insondable*, op. cit., p. 130.

[16]_ *Ibidem*, p. 131.

nunca se hubiera visto,
y jamás hubieran existido el tiempo,
el lirio,
¡el primer sol!”¹⁷

Equívoco, como las falsas sabidurías, resulta olvidar “el círculo hondo, solitario” para colmarlo “con oro, gloria o poder”:

“El hombre en su ahínco por la materia y lo material ha olvidado que en él hay un círculo hondo, solitario, que no se colma con oro, gloria o poder...”¹⁸

“Los planes y el poder deslumbrante para el ópalo y el oro” alejan al hombre de la paz requerida para alimentar y asentar el vínculo amoroso:

“ ...

vive el hombre de planes escapándosele la paz y con la paz la calma para nutrir el grano y asentar el vínculo amoroso.

...

insiste el hombre en el poder
duplicándose las coordenadas del arabesco, el ópalo y el oro

...

el poder es una espesa neblina y como tal arranca los ojos para que no se pueda contemplar el perenne dolor de lo que oprime y menos se pueda saber, aun llegar a ese lugar oculto, íntimo, de cada quien, que tanto requiere, exige...”¹⁹

Esta carencia manifiesta de la razón, del poder, de la gloria, de “otras sabidurías”, de la riqueza y de la inteligencia para proporcionar relaciones esenciales con el mundo remite al significado último de la función poética en la obra de Elizabeth Schön. Este significado surge como el hilo

[17]_ *Ibidem*, p. 136.

[18]_ *Encendido esparcimiento*. Caracas: Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1981, p. 70.

[19]_ *Ibidem*, p. 69.

que “surca el espacio” para ser contemplado por “el anhelo de la perenne compañía”:

“El hilo que trae
 el resplandor del alba
 es aquel que surca el espacio
 y sólo lo contempla
 el anhelo de la perenne compañía,
 el deseo del bosque
 cuyas copas se dirigen
 hacia la inmensidad y siguen”²⁰.

Y mientras “el entendimiento” ofrece apenas hitos en el camino, la fundamentación para la permanencia es de la índole de la flor y del amor:

“...
 La flor,
 el amor,
 nacen y nacen a cada hora,
 a cada instante,
 y como si jamás hubieran existido,
 son esos manantiales
 que desde lo hondo de la tierra estallan
 y no es posible detenerlos.
 Lo demás,
 el axioma,
 la ecuación,
 quedan para el entendimiento
 como los puntales
 que asoman en las llanuras

[20]_ *La cisterna insondable*, op. cit., p. 116.

y sólo sirven
para que el gavilán se afinque
y emprenda el vuelo”²¹.

Es así como “todo nombre adviene del reticente amante”, convirtiéndose el amor en impulsor de ese nombrar que, desde su profunda dulce presencia, permanece simplemente “en hilo”, “en estambre”:

“Llegar,
luego hendir,
y hendir más
hasta que no sea posible hendir,
para permanecer en hilo,
en estambre,
con dulzura o simplemente
sabiendo que todo nombre
adviene del reticente amante”²²

Hontanar que es el fundamento de la unión, “si descubrimos el largo camino del sembrador”, desde donde la tierra lanza sus carpas hacia el viento, para el encuentro y el “enlace de todos los costados”:

“...
El amor es hontanar que se mira
si descubrimos el largo camino del sembrador
y si te llamo
es porque el encuentro existe.
Y si sigo llamándote
es porque la tierra
lanza sus carpas hacia arriba,
hacia el viento,
hacia el enlace de todos los costados”²³.

[21]_ *Ibidem*, p. 126.

[22]_ *Es oír la vertiente*, op. cit., p. 54.

[23]_ *La cisterna insondable*, op. cit., p. 116.

La fuerza motriz del amor es entonces la que posibilita la función poética, al presentarse como la única vía para afianzar vínculos y certidumbres, en la ínsita necesidad de comunicación y pertenencia latentes en cada verso. Es la poesía así concebida el camino para develar el hilo tenue que disuelve los opuestos y para vislumbrar en *Encendido esparcimiento*, la infinita presencia luminosa del Ser: el canto y la voz ofrecen la lumbre requerida “para el ascenso suave” hacia el “siempre Ser en el hombre y lo infinito”:

“El canto es suave, suave lo que adviene desde la
hondura del comienzo.
El canto es dulce, dulce la palabra cuando brota del
origen íntimo, ancestral.
Y la voz
un tiento en la prematura aparición, una fluidez en lo
intocable de la abertura.
Luego su extensión, su arribo, para que los que buscan y
anhelan encuentren en ella la lumbre requerida de lo
abierto y sin otros bordes, otros sustentos, que su suave
y dulce prolongación
...
Así emana el fuego, pasa
Así el fuego con el esmalte de un sol para el ascenso
suave, dulce...
Así el Ser en Ser de Ser, siempre Ser en el hombre y
lo infinito”²⁴.

Del vínculo visible —piel de enumeraciones que recubre los versos de los poemas— se llega al supremo vínculo amoroso, tejido al abrigo de la lumbre de voz y canto, en suave, dulce prolongación hacia el infinito.

Luisana Itriago

Encendido esparcimiento, op. cit., p. 60.

Los poemas que aparecen en esta Antología fueron seleccionados y corregidos por la autora y Luisana Itriago. A ella mi más sincero agradecimiento y mi más fiel cariño.

E.S.

La gruta venidera
(1953)

He aquí la tempestad. Dóblase el follaje y la selva se giba como rueda de carretón. El viento tumba frutos y nidos. El rayo parte en rebanadas los grandes árboles. Escóndense los loros y los querreques. El trueno se confunde con el ladrido de las ramas. La oscuridad es temible, semejante al ataque del tigre hambriento. No hay rapiña ni maldad; un pájaro destrozado entrega su canto a lo eterno.

Luego, la quietud, la tranquilidad mortal del rocío. Un murciélago vuela y caen gotas sobre la hojarasca, es que alguien en la lejanía suma rubíes. La selva comienza, otra vez, a sacudir su melena de escalofríos, tumbas y, lentamente, reaparecen los millares de insectos que pululan en deseos incontrolables. La selva retorna como si la hubieran narcotizado y volviera a su encuentro, salpicada con hebras de río, tejida por los rastros de la furia de Júpiter. Casi, convaleciente, vuelve a su habitual pregón de arañazos, martillos y yunques.

Mirándose y concentrándose. No hay recuerdo que la distraiga.

Ermita yerta, incolora; calesa volcada en un centro sin salida ni ruedas que abran el camino perdido.

Universo deshabitado, océano vacío, hangar desierto.

Murallón infinito, dando cabida, recibiendo y cerrando toda lumbre.

En un solo cuerpo, en una sola mancha.

Cero potencial, encerrado en sí mismo, impidiendo el velo, el oro, la recompensa y el perdón.

Equilibrio de una plumada lineal y pareja. Dimensión infinita y pura que carcome el allá, el acá.

Aquí, la vida, una rosa abierta, bajo un rayo de sol; un dorso que comprende la querella de las flores, y un labio pendiente del cuento de un gorrión.

Ni soledad ni compañía, necesarias para el corazón. Se está en lo inanimado, en la depuración más alta y en la unidad más pura.

Aquí, todo es ir a la semilla, a la balandra, al tintero. Ansiar que el portal, la aldaba y el bermellón realicen sus sueños. Aquí es añorar que cada cuerpo consuma sus intimidades. Y el deseo crece y se arraiga hasta llegar a pedir que el árbol camine y narre sus sentimientos, la hoja lllore su arranque y se transforme en sueño.

El deseo es infecundo cuando se está en el ensimismamiento mortal. Copa sin ángeles ni diablos. Pájaro oculto. Reunión vuelta sobre sí en una dimensión sin tiempo, sin postura.

¡Ala sin color ni posición! Estabilidad sin retorno. ¡Sola, en acto!

Vacío: halcón, cráneo que el alma rechaza con premura. Puño gigante que sacude el corazón. Arca de tósigos. Haza desierta. Pala que se hunde en el alma y destruye el aleteo de un palo y la figura de un duende. Campo estéril, para la muerte. Al pozo de la nada, a la inmovilidad de los esqueletos. Espectro que no vacila. Fetiche maligno. No más tus dijes en la imaginación, no más tus rodillas en la hora plena; el alma es un pez inconquistable.

Palabra universo, prisma ondular, cuna de estrellas selváticas, de luceros impacientes y de cometas a la deriva en medio de gases y círculos equidistantes. Vientos, luces, rieles tendidos. Explosiones, estallidos, montañas por nacer.

Universo, carne, cuerpo, con balizas cintilantes; cinturón de esmalte partido por ascuas efervescentes. Como pecho volcánico.

Desde aquí el grito.

Dadle sensibilidad y manos para pintar pajareras y retratos; párpados y pupilas para soñar; un presentimiento para adivinar su continuidad y una función que encienda la materia en caña dulce y amorosa, su intimidad, fin.

Que le nazca un arroyo de madrigal, una ninfa vidente, un juglar enamorado para que desaparezca la frialdad de la rosa; el estallido reduzca su destrucción; la lava ame al centauro por nacer y el fuego se convierta en una novia de pétalos; no más aros candentes sin sensación ni alma.

Universo. Átomos culebrean en su pórtico, chispas ruedan en la oscuridad como el polen arrasado por el viento. Llama sin salmo. ¡Tristeza de su concentración!

Espacio: dos pájaros que se buscan, un cisco que escucha a otro y le lanza su atarraya luminosa. Una culebra que besa el rayo amoratado, una calavera que abraza a un trébol, y un mástil caído en la honda de espuma imprecisa. Una fronda que mastica la cascada y una página erizada por la presión de la lágrima.

Espacio, ansia de posesión, secreto que separa dos cúpulas, césped frutal, lámina y rayos partidos, hambre material.

Y, ¿la materia? fiera que muerde un punto extensivo y rasguña la lejanía con movimientos de mandíbulas intranquilas; hacia acá, hacia allá, no hay sitio fijo ni continuo. Dadle ánima para incendiar sus elementos.

¡Qué extraño bosque nos circunda y cómo se duplica el golpe del tiempo!

Siempre estamos sometidos, jamás libres; un ser camina por la sangre, llega al corazón y nos impone su placer o tristeza; otros vienen, así sucesivamente, y en este movimiento atravesamos albergues, invernaderos que cambian nuestro sol interno.

El alma pregunta: ¿quién soy?, ¿quién es esta multitud que hierve en mí, como la espuma de un pozo intransitable?

Y el silencio la cubre, con la humedad de las hojas caídas.

Le nacen barcas y se pierden en los garfios del espacio, galas y retoños se mueren sin saber de dónde llegaron; sujeta un sentimiento y se le escapa a otro cuerpo, coge una idea tal cual la sardina apresa el oro de la luna, y emprende un viaje al mundo. Cuanto contempla se aleja sin lograr detenerlo.

Se devana en buscar su origen y mientras está más sumergida, encuentra que cuanto la cubre es un gobelino zurcido que la fecunda.

Podría decir. Soy una multitud. Se me adhieren las ideas, los fervores y cuanto existe, sin poseer un centro único y mío. Cada pájaro, hoja, página que me ronda es un lago ignorado que marcha a la vida o se consume dentro de mí. El yo no es mío, se me disuelve al encontrarme sujeta por la belleza, la humildad, las aves y los deseos que me cercan.

Si alguien grita: Soy, desconoce que ese ser es una multiplicidad aprisionada en busca de salida.

Yo: palabra buscada para que el alma afiance su ser, eslabón añorado para resaltar en la vida. Ramillete. Aro de azulejos y petirrojos que se lanzan al sol en busca de espacio. Cenáculo. Sello que define el color y el labio ¡cuán imposible encontrarlo! Si es perfil donde se apegan todos los olfatos del mundo, si cuanto posee no es estable. Campanario. Soporte de los caminos. Crucigrama del alma hacia la vida. Nombre. Constelación.

En el allá disparado desde ningún comienzo
(1962)

Escarpadura asida por compactos extremos
de trazos circulando por sobre aristas
que se pierden dentro de sí y hacia arriba
mas siempre elevando el rojizo goce
sostenido en el suspenso
de su asalto silencioso y hacia afuera.

Desaparecen los apoyos
para que en la cosecha del círculo
albergue lo antes perdido,
lo antes sometido a desprendimiento.

Los ímpetus se riegan desde adentro
ladean el alborozo robustecido longitudinalmente.
De pronto
los bordes recorren encerrando la medida de lo pletórico.
Se planta lo espacial aclarando.
Lo rugoso se concentra en su timidez hasta que se vuelca
derrochando la nunca posible guarida.

Viniendo constante desde la opulencia
y cayendo en la presencia requerida
de ser sutilmente doble y nunca visto.

Ranura auspiando el saliente contacto.
Vetas porosas cargándose solitariamente.
Verticales rojizas llevando el peso
mientras la circunferencia se afinca
se contagia a los bruñidos que ruedan callados
en la última planicie escapada desde el comienzo.

Remárcase la salida
contorsionada por tropiezos nacidos
al querer definir esa línea
que silenciosamente abre el jubiloso descubrimiento
de lo ausente constante.

Reverbera la actitud tendida desde el comienzo.
Resalta la paciencia comprendida en la extensión.
Resuenan los contrastes
y se esparce el crecimiento
y se diluye la exaltación.
Ya se desecha lo ampuloso
y se amplía lo simple.
Los ejes han cambiado.
Ha despertado lo intocable.
Ahora anda lo congénito
entrañando sabidurías que irrumpen
cargadas de alborozo y libertad.
Están siendo abandonadas las constantes antiguas
para que se vuelque
el lado abierto de lo nunca amado antes.

La marginación ha estallado.
Los encuentros se alejan y se repelen
junto a debilidades suspendidas
mientras lo retraído se plasma y se oculta
en esa faz presentándose sin más fin
que mostrar las vigilancias solitarias
del recogimiento y la concentración.

Volcamiento de giros.

Euforia de altitudes

donde la explosión se aviva incesante
por la imprecisión de los comienzos
por la fragmentación titilante que se desborda
no para alcanzar rangos convergiendo abiertamente
sino para señalar otros salientes que se disuelven y trepan
entre excesos que se alejan regresando
en el esparcimiento inexacto de la plenitud.

Rastro originado por visiones
que buscando metas ya desterradas
llaman desconociendo los planos
que fluyen desde lo excéntrico
las aceleraciones llegadas desde esa resolución
de tender completamente desdoblado
el punto ausente del milagro.

Brotando, rebosando
marca diluyéndose
y marca diluyéndose porque
aun rebosando y brotando
domina sin que jamás
pueda señalarse lo congénito de lo que
brota rebosando.

Carga la hendidura
y dislocada rueda
parejamente sobre lo mismo
de lo mismo y por lo mismo
siempre en igual peso y conjetura: totalidad
¿centrada?
En lo mismo
y por lo mismo
y para lo mismo ausente
y deviniendo totalmente.

Rebeldes lejanías
reclaman detener
el redondel de esa lujuria
que es sólo engrimiento de las vocales
agrandándose desenfrenadamente
dentro del albergue que sólo añora
regazo íntimo y desnudo.

El abuelo, la cesta y el mar
(1965)

Yo diría que los niños necesitamos, como los barcos, de un muelle muy amplio y de unas aguas muy quietas y transparentes.

He encontrado un alga sobre una roca. Hay viento. El abuelo, ¿habrá regresado? Sobre la arena distingo las huellas de los perros. No hay gaviotas. No hay nubes. El cielo está tan despejado, tan azul, tan limpio, que pienso en esa seda que acaricia y nunca se le encuentra ni una espina ni nada que oprima o destruya.

Sobre las piedras el viento pasa y ellas quedan allí, en sus mismos lugares. Yo me digo que las piedras, como el mundo, siempre están en sus mismos sitios y aunque el abuelo no vino conmigo al mar, veo su rostro que también está en el espacio igual que la ciudad, el planeta, el árbol o la cascada.

Camino, los pies se me hunden en la arena y veo gruesas llaves que quedan en la orilla para que el mar las entierre de una vez. El aire, caliente, penetra en mi boca, llena mis pulmones. Entre la arena y las piedras descubro almejas. Las cojo. Las miro. Recuerdo que ellas tienen su lugar donde viven: junto al mar, junto al sol, junto a los rayos que abren caminos en el horizonte. Las pongo en la arena. Pienso en esas cerraduras que nunca se abren, que están en las verjas, en los portones donde el sol deja sus últimos fulgores. Callo. Siento que late la arena, que late la espuma. Toco las piedras, toco la espuma. Miro el primer molusco. Veo el sol, el sol alumbra y contemplo la copa del árbol más alto de la tierra.

Lanzo la cesta y rueda velozmente por la playa. Miro un escudo, atisbo una tiara. Pienso en el abuelo. Imagino que ya he recorrido toda la playa; pero no, estoy aún sobre la arena. Aspiro la brisa. Miro las olas. Palmoteo. El abuelo me mira. El abuelo me habla, ¿estoy con el abuelo!

Quería contárselo todo pero el abuelo me tomó entre sus brazos y comenzó a correr por la playa —¡Adela, Adela! —gritaba. Vi su rostro, vi sus pupilas que se agrandaban como quien contempla algo que crece y crece y no se sabe hasta qué lugar crecerá.

—¡Adela, Adela! —seguía gritando. La presión de sus brazos aumentó contra mi cuerpo; se coló entre mis huesos, sobre la piel y ya en nada pensé. Miré el espacio: era blanco, cristalino. Sin saber por qué empecé a reír. Estaba alegre. Dentro de mí nacía algo muy fértil, muy estable, sólo podía compararlo con el sol, con la luz, con las semillas que crecen y pueblan los espacios. El abuelo seguía gritando; su voz retumbaba más fuerte que el oleaje. Yo lo miraba y en él veía aquel primer grano que cayó en la tierra y sembró la primera espiga, la primera piedra, el primer molusco.

Junto a un peñasco rojizo, cubierto con algas verdosas, se detuvo. Me colocó sobre la arena. Sentí la arena caliente, me había olvidado de que también la arena quemaba. Callé. El aire sabía a hierba, a melaza. En el cielo las nubes iban adquiriendo formas de conejos dormidos.

—¿Verdad que Adela es sólo un nombre? —dijo; le respondí que sí, era sólo un nombre. Por sobre nuestras cabezas pasó el viento y empujó las gaviotas que, lejos, zarpaban hacia el horizonte, y pensé en la savia de los árboles que corre hacia las copas para fortalecer los frutos. Me así al peñasco. Vi su punta totalmente enterrada. Observé la herida, no era más grande ni más ancha que el cuerpo del anzuelo. Intenté arrancarlo pero el abuelo, que descubre en la actitud de las cosas una semejanza con la de los seres, dijo:

—No lo arranques, un día el viento, el mar lo desprenderán y buscará entonces otro cuerpo que morder. Los seres sienten un placer enorme en morder, pero eso no salva.

La espuma moja mis pies. Los cangrejos se fijan en las piedras. Veo muros, veo fíbulas. Miro un erizo, contemplo el cetro de un príncipe. Las olas cubren mis piernas. Estoy sola pero el abuelo permanece conmigo y, es más, como no estamos juntos, él me busca con el mismo afán, y la misma ternura que percibo en su mano cada vez que caminamos por la playa y, de pronto, tropezamos con una zanja muy ancha y yo salto sobre ella, hasta que mis pies palpan la arena, y seguimos andando sobre el mar y el cielo que en el horizonte abren una larga ensenada de azules, encarnados, blancos.

Una noche en la que llovía mucho le pregunté:

¿Qué es el silencio?

Para contestar aguardó a que concluyera el estrépito del trueno, pero en el preciso instante en que comenzó a hablar otro relámpago alumbró y el trueno estalló. No supe lo que dijo; vi las piedras que caen dentro de los cráteres y se hunden para siempre y vi las semillas que se abren y mueren con el fuego de los caminos... Vi las ubres que se secan en la mitad de las llanuras y nadie lo sabe.

Le dije: —¿Hay algo más fuerte que una roca?—. El abuelo, sin necesidad de hablar, hizo que mirara la luz de la luna y viera las aguas y el espacio íntegro, con los astros y las constelaciones titilando. Entonces le pregunté qué era la fuerza; sólo me respondió: —Mira—. Y vi el mundo, el cielo y todo cuanto en la playa yacía y también miré la sombra de mi cuerpo que, junto con la del abuelo, se extendía en la arena para internarse en las aguas y desaparecer en el fondo pedregoso de erizos y corales.

El abuelo caminaba por la playa. Sin saber por qué me así a una de sus manos y le dije: —Algún día moriremos, ¿no es cierto?

El abuelo me sentó sobre una roca y comenzó a llenar mi cesta con caracoles.

—Este se llama Pedro, éste se llama Mateo, éste se llama Juan. —Y así fue dándole un nombre a cada caracol que metía dentro de la cesta, pero como se llenaba de caracoles, pesó mucho y cayó sobre las aguas. Vi cómo los caracoles se salían y se hundían en las profundidades del mar. El oleaje arrastró la cesta hacia el abuelo y el abuelo la recogió.

—¿La volvemos a llenar? —preguntó y de nuevo comenzó a llenarla y a darle un nombre a cada caracol mientras el sol se detenía en el centro del cielo y la cesta se llenaba y, como pesaba mucho, volvía a caer en las aguas y volvían los caracoles a hundirse en el fondo arenoso donde los rayos del sol traspasaban hacia arenas más hondas, que no veía.

Estamos en la playa. El abuelo luce una chaqueta lisa, oscura... El día es claro, transparente. Me imagino que se puede ver hasta el centro de la tierra. En toda la costa se distingue la larga y arenosa cinta de la playa que se llena y se vacía con la espuma del oleaje.

Veo la lejanía que resplandece. Pienso en el gajo que cuelga, que tiendo a arrancar. El aire riega mis pulmones, percibo que me inunda la vertiente, que me colma el frescor de los manantiales que estallan en los bosques.

Cojo un poco de arena, la arena es blanca y su brillo me lanza hacia el horizonte... Entro en la más arcaica de las herrerías, esa donde se forjó por primera vez el casquillo y me asombra contemplar algo que he conocido a través de las palabras del abuelo: las bridas que le gustan y más si se hacen para atravesar los caminos; los frenos que emplea solamente si la marejada ahoga y hay que salvar. Pongo la arena sobre una piedra. La arena resbala hacia la espuma. El abuelo ríe como si contemplase algo que camina hacia su propia siembra.

De pronto, el abuelo coloca sus manos sobre mis oídos y me abraza. Me le aferro al pecho; pienso en las piedras que están en el fondo del mar. Rápidamente toda la paja de los campos me abraza, toda la brisa, toda la luz me sostienen; todos los árboles, con sus frutos y sus ramajes, laten junto conmigo con la misma perseverancia del mundo que jamás cesa de girar. Voy hacia la lejanía, atravieso el horizonte, penetro en el polen, en las cortezas, en las espinas, sin caer un solo instante. En este preciso segundo el abuelo me toma de la mano y me hace andar. La espuma rodea mis pies; yo le pregunto al abuelo qué es el amor: —¿El amor? —dice; calla, luego agrega: —¿Acaso te gustaría que fuese como ese mar que continuamente lanza sus aguas hacia todas las orillas?

Soy insistente y le dije: —Si las espinas necesitan tanto del agua, ¿por qué no se aquietan cuando llueve?

—¿Te has olvidado de que algunas nacen en las cortezas, en los tallos de ciertas plantas y árboles que, para ver el espacio, el sol, tienen que atravesar las marañas inmensas de las selvas?

Al día siguiente le repliqué: —¿Quiere decir que las espinas son necesarias?

El abuelo me acarició la frente: —A veces es difícil convencer con las palabras —dijo—, por lo tanto, si te tropiezas con ellas, es mejor que te les acerques y no les temas; mira dónde nacen, observa su corteza, lo agudo de su punta, lo ancho y largo del tallo, el ramaje que las sostiene y así sabrás, por ti misma, si son necesarias o si brotan para retener la sencilla savia de sus raíces.

Cogí un erizo y le arranqué todas las espinas. Una pulpa, fresca y brillante, apareció en su concavidad y ya sólo miré al diamante que la corriente arroja hacia la orilla.

La espuma estaba blanca, translúcida; me decía que si la tocaba, también tocaría aquella primera estrella que había alumbrado, por primera vez, al mar; iba a tocarla mas el abuelo me tomó la mano y dijo:

—La libertad no es un anhelo desenfrenado de poseer cuanto queramos, como tampoco es espacio al que gustosamente le arrancamos la piel. La libertad... —Calló. Miró un cangrejo que caminaba sobre una piedra y siguió hablando. —¿No crees que la libertad se parece mucho a este pequeño animal que ha tomado la decisión solitaria de no abandonar su camino, y de seguir brindando la semilla que la vertiente le coloca en las manos para sembrar?

Vi al cangrejo, todo lo comprendí. El cangrejo no se desviaba, seguía su rumbo, a veces se apresuraba, a veces se detenía; sus huellas quedaban en la arena, como aquellas semillas que iba dejando mientras firmemente, con gran coordinación de sus movimientos, seguía hacia adelante.

Mirábamos una piedra que tenía muchas algas adheridas. El abuelo dice que tanto las raíces como todo aquello que tiene su lugar en el espacio debe permanecer adherido a la tierra, porque en la tierra están las semillas y los árboles crecen hasta desplegar sus más altas copas. Como a veces no recuerdo todo lo que dice, arranqué un trozo de alga y se lo di. Lo aspiró por largo rato... yo sólo miré los ramajes que bajan hacia los ríos y dejan sus frutos en las orillas.

—¿No te parece demasiado transparente? —dijo y colocó el alga sobre la piedra. El alga se oscureció. Vi al abuelo, vi sus ojos que siempre me hacen pensar en el resplandor de todas las aguas del mundo. El abuelo siguió hablando: —Así te gusta más, que la piedra la sostenga. Lo transparente no es siempre revelador. El apoyo de la piedra es el mejor de los apoyos porque es apoyo y no exigencia.

Ese día agarró mi cesta y, jugando con ella, la arrojó hacia la playa. Corrí tras ella. Una ola se precipitó sobre la arena y la arrastró hacia la espuma, hacia los remolinos, hacia el mar azul y el horizonte. Si se interna en el mar —me dije— nunca más tocaré sus costados, nunca más miraré ese fondo maravilloso donde, de vez en cuando, se esconden los últimos rayos del sol.

—¡Cógemela! —le grité al abuelo y me interné en el mar. El abuelo se acercó al oleaje y quedó allí detenido; miraba las gaviotas.

Contra mi cuerpo reventaban las olas, yo no las sentía, sólo anhelaba coger mi cesta que giraba en los remolinos y, de pronto, se hundía en el agua desapareciendo por completo; al cabo de unos instantes volvía a asomar, primero brotaba el asa, entre la espuma parecía un arco muy pequeño, tal vez hecho para que duendes y enanos se cobijaran de la inmensidad; luego surgía toda, su redondo cuerpo chorreando espuma y bamboleándose sobre las olas, con ese movimiento de las frutas que cuelgan muy maduras y que el viento mueve hasta tumbarlas. Por breves segundos mi cesta se deslizó junto a mí, tendí la mano para atraparla y se me escapó. —La perderé para siempre —me dije. Con desesperación le grité al abuelo que me ayudase, pero el abuelo veía las gaviotas, como si lo único que le interesase fuera el rápido aleteo yendo hacia lo lejos.

Para el abuelo nada significaba mi sufrimiento, parecía que gozaba ignorándome por completo. El abuelo, ¿me quería en esos momentos? No sé. Siempre he pensado que el amor del abuelo por mí es muy semejante al amor de la savia por el árbol: lo deja crecer tanto cuanto sus raíces y semillas dan. Jamás he sentido su amor como una red que me aprisiona o me atrapa. Esto nunca lo podría decir. Me demuestra constantemente que amar es dejar que las aguas sigan su curso sin que derrumben o encarcelen. Ese día no entendía lo que ocurría. El abuelo estaba allí, mas no sabía si permanecía como las piedras: ensimismadas

en su quietud, o si yacía como algo que se había preparado para auxiliar en el caso de que la tormenta avasallara y el oleaje tupiera íntegramente. Su figura estaba en la playa, sus ojos alejados de los míos, se asían a otras riberas, a otros cúmulos, totalmente desconocidos por mí.

El viento arreció sobre el mar, como sobre un gran lienzo; surgieron miles y miles de manchas blancas. Una ola estalló, empujó la cesta. La cogí. Toda la tierra se volvió a poner debajo de mis pies. Apresuradamente corrí hacia la playa con mi cesta abrazada a mi pecho. La besaba, la besaba mucho. Nunca en la vida había existido una cesta tan fiel como la mía. Y corría, corría sobre las piedras, sobre la arena, sin sentir que me maltrataba los pies. Pensaba en los meteoritos que flotan en los espacios y se pierden en la inmensidad. Veía las páginas del cuaderno que se arrancan y no se encuentran más, y más abrazaba mi cesta y más la sentía hermosa, suave, con una suavidad que sólo había sospechado se encontraba en el cielo.

Pasé junto al abuelo sin mirarlo ni hablarle. Me llamó y no le contesté. Quería huir, irme lejos, muy lejos, a un lugar donde el abuelo no existiera y mi cesta no corriera peligro. Nada quería con él; me era completamente opuesto a todo aquello que me endulzaba, me daba hálito y vigor. Por primera vez me había abandonado, por primera vez me había dejado sola. Creía firmemente que, en lugar de protegerme, ayudaba a esa fuerza que, extraña y oculta, se complace arrebatándonos lo que más queremos. Y seguía corriendo con mi cesta abrazada a mi pecho, y mientras más me alejaba, más repetía: —No perdí mi cesta, no la perdí, pude atraparla. ¡Triunfé, sí, triunfé yo sola!

Casi llegando al final de la playa volví la cabeza hacia atrás: contra el horizonte la figura del abuelo se destacaba nítida, precisa, como una gran cruz que alguien hubiese clavado sobre la arena.

La cisterna insondable
(1971)

Digo mar
resplandecen las rodelas
se alargan los alcores
mas sólo he pronunciado
aquella voz primaria
traslúcida
vibrante
con la que el hombre
se unió a la tierra y a los cielos.

Almendra

Alhaja

Figura

dolmen

paz

señalan el momento

en que te nos acercas

y el enlace se asienta

con la reciedumbre

del pedestal encajado en la tierra

y la valentía de las inmensas raíces

al elevar en el árbol

las partículas azarosas de lo ágil.

Mas si otros pronuncian

y la voz toca

las estepas vacías del alma

y de ella surge la mirada

portando el asidero, la cruz

enseguida percibo

cómo el día

abre sus verjas en abundante alpiste, albahaca

es cuando siento

que la creación comienza a brotar

y los hombres miran por primera vez...

Hablo
¿quién me responde?
¿el río?
¿el manantial?
No sé
ambos poseen su don
su misión de no oponerse
a la fertilidad giratoria
de sus entrañas.
Cada ser habla
y la frase brota
con la libre naturalidad
de la primera hiedra
crecida sobre la tierra.
La palabra
pequeña nube
pequeña embarcación
recorre los extremos
del cielo, de la tierra
llevando consigo
aquella primera y única ofrenda
de la que nacieron astro
césped
pupila, sol.

Insisto y digo:
lodazal
¿algo sucede?
El cielo
las cordilleras
los pájaros
¿lo comprenden?
Nombro
y ese nombre es lo que
los demás miran y también
el primer tiento
con el que el hombre
se adentró en el mundo

La palabra después
de haber engranado
en lo ilimitado de lo simbólico
y haberse dejado arrancar
su estandarte de apetecible pulpa
recupera de nuevo su superficie
y reabre la plenitud de lo invisible.

Perdería lo propio
si no hubiera distancia
para pensar en tu llegada.
Perdería el amor
si no hay ausencia
para apresar tu cercanía.
Porque estoy en ti
Hablo
Entro
y la visión jamás desaparece.

No hay más faz que la del amor
si está en la orilla
del río interminable.
No hay más amor
Que aquel al que nunca
se le conoce fronteras.
Y porque el amor es anterior
a todo comienzo
a todo fin
lanzo la red y
encauzo mis pasos hacia ti.

Por permanecer junto a ti
pronuncio tu nombre
y la tierra se me hace
el círculo de tu red
y el agua se me convierte
en verídica cercanía.
No más distancias.
Voy hacia ti.
Allí están las riberas
colmadas con tu primer dulzor
y tu primera palabra.
Cada frase tuya
es sólo el aliso
crecido en el bosque
de interminable manantial.
¡Ah, profundidad para el amor
que entrega su sayal
y funda el valle!

Mirar el sol
y saber que ningún paso me sigue
ninguna mirada me busca
ni alberga el anhelo de abrir
la ruta de lo lejano.
No aguardo.
No fue acogida
esa madeja de frutos
que ansían el tranquilo gajo.
Sólo yo había sostenido la red.
Sólo en mí había bullido el manantial.
La imaginación es la única
en mirar y amar
las joyas que jamás relumbran en los espacios.

Dije
no cierres las aldabas
en la tierra
nadie escuchó
y me quedé con todas las llaves del mundo.
Grité aún más
no cierres las aldabas
nadie oyó.
Estaba sola
sola con mi voz
que se esparcía
y se hundía en la marejada
que ahoga el timón
de todos los barcos invisibles.

La flor
el amor
nacen y nacen a cada hora
a cada instante
son esos manantiales
que desde lo hondo de la tierra estallan
y no es posible detenerlos.
El axioma
la ecuación
quedan para el entendimiento
como los puntales
que asoman en las llanuras
y sólo sirven
para que el gavilán se afingue
y emprenda el vuelo.

Si digo que hay revelación
es porque el árbol renace
y la raíz nunca cesa de sostener.
En cada polen está el principio del oleaje y el fin de la prolongación.
En cada flor yace la plenitud
de un mar donde riel
la larva original
y la candidez primera.
Cada hoja verifica
su traspasable mandato.
Cada umbela
cada leño
relata, sin oponerse
su inocente calendario.
Se está junto al agua
y el agua se desliza
aunque no se mire
y el manantial permanezca ausente.

Hay una sabiduría
hay un hallazgo
si al alma
le arrancan las vellosidades
y contempla
como si nunca hubiera visto.
Las otras sabidurías
las que brindan el axioma
la ley
son ropajes con los que los seres
se revisten para asentarse y clamar:
somos solitarios
únicos
seguimos en manada de rejo destructivo
y no en peregrino que bebe en el arroyo
y lo acaricia.

La sabiduría es la del río
al deslizarse
la de las aguas al recibir
y repartir los resplandores.
Otras dirán del hierro
del mar
de la vértebra
y la recta tendida
mas entre las sabidurías hay sólo una
que hace a la red ser amplia, liviana
y al mundo redondo y pesado
aquélla la más cercana
sencilla, esencial.
Para oírla
basta seguir la suprema condición:
la que la naciente le marca el agua.

No hay nombre
sin la secreta vigilia
del nombre que lo lanza.
No hay dictado
sin el perfil del alma.
El perfil del alma
se asemeja a la hilera de pinos
cuando se miran desde lejos
y se confunden con un viejo muro
que se prolonga hasta incrustarse
en el comienzo del cielo.

No existe reencuentro
ni reconciliación.
Sólo se es capaz de un descubrimiento
y no el que implica el teorema
la ley.
Hablo de ese único y veraz
que nos hace sentir como si
nunca se hubiera visto
y jamás hubieran existido el tiempo
el lirio
¡el primer sol!

Mi aroma de lumbre
(1971)

Se escribe con ribetes de sol
reminiscencias errabundas
presencias de entrañas
soplos de desiertos
restos de dinosaurios.

Se escribe con la embestida
de las cosechas de los hombres
ciudades
campos
con la luz y la sombra
yendo de una orilla
hacia la otra orilla.

Pocos conocen
que precisamente soy yo
la palabra
la que une los perfiles
los presentimientos
y conduce al centro de lo impronunciable
de lo fijo en el cúmulo
que llevará hacia la red única.

Mi equipaje lo componen
miles de baúles
con arpas
pinzas
ilusiones
y un puñal para los matorrales
enmarañados, impenetrables.

En el aire soy aire
aire de mar
felpa, brizna
que marcha hacia allá
hacia acá
hasta entrar
en la blancura de la vértebra
y salir de nuevo
llevando consigo el crisantemo
nunca contemplado
en las puertas de los pasos.

Y en la plaza soy
lo que requiere de mí
el que grita
conversa
exige
calumnia
como lo encorvado
en el escalón desprendido
y en los pinos apuntando
hacia el macizo ausente.

Prefiero que la golondrina siga
pueden creer que sólo contengo ese rostro
y el del lago.
Ocurre cuando me colocan sus alas
sus tríos
por ausencias de otros
o de lo que jamás se ha visto ni oído.
En esos segundos alados
respiro el ascenso del desvelo.
Paladeo la golondrina.
La vivo y la abandono.
Sé que la construye el aluvión
de una mirada que retiene
en la piedra de su cofre
las arenas sobre las que
silbó el navío
y se enterró la primera avalancha.

Están la ventana
la puerta.
Hoy entra la pordiosera
y se acuesta.
Le coloco en la frente
el primer gajo con el que conocí la sombra
la claridad
y descubrí en el mar
la cajita dónde guarecerme.
Escucho un ruido
de piedras cayendo unas sobre otras.
Puede ser un viajero
que me lleva consigo.
Carga un asta y una guía por confusión
de los límites mezclados en su memoria.

Toco la puerta.
Abre la anciana.
Le pregunto
no sabe responder.
Sólo vive del pañuelo
alrededor del cuello
del anillo hallado
en el silencio de sus espacios
y de esa algarabía en la que se confunden
la madrugada con el imperativo de llegar
a la casa
al lecho.

Palpo la ventana.
Nadie abre.
Un hilo de sangre baja
a través de la transparencia.

En la montaña
en el campo
y la ladera
quizá los seres
me sientan tal como soy:
una redondez fácil de andar
de empujar
de hundirse
y llegar al corazón
y abrirle lo que guarda.
El corazón de los humanos
es bastante extraño:
de agua y fango rojo
con restos de muchas heridas.

Entro donde nadie me llama.
Toco el timbre
le doy vuelta al manubrio
y es cuando empiezo a brotar
muy semejante a aquel
manantial cubierto por pedruscos
y sobre el que un jilguero
puede vivir.
Solamente yo sé de él.
Ahora canta
los límites se abren
y un niño halla
el camino del samán
o el de la espada violentamente
atravesando.

Mi aroma de lumbre:
armario
grifo
buril
hace imposible
que los rayos no dejen de encontrarme.
Los caminos no concluyen
están en el primer saludo
y el primer paso con el que se va.

Arranco.

Salgo veloz

ni la iguana me alcanza.

De la aguja del reloj estoy segura.
De ella viven los que se apegan
al círculo de lo preciso y a la hora
como al punto exacto de lo veraz.
Mas otra es la aguja que impulsa
la copa de lo retraído, reconcentrado
hacia la luz y la semilla naciente.
Y otra es la que se engarza al casco
a la rueda, al barro y hasta
a la fragancia de un aroma inesperado
Otra la que impele el anhelo
si ha encontrado la hogaza
del pálpito buscado.
Mas otra es la que atestiguo
en el mito y la leyenda
en Dios y el hombre.
Entre ellos estoy yo:
la palabra
para la lucha
el esplendor
lo pleno
lo cierto y el soporte.
Detrás de mí
junto a mí
la voz, en arenas que nunca cesan
de traspasar la contingencia de lo ondulante
lo fugaz de lo impreciso
el cimiento perenne para la cifra
la interrogante
la muerte y el amor.

Casi un país
(1972)

Nací en Borburata. En el corredor había un tinajero verde; el agua se precipitaba y sonaba dentro del bernegal con un ruido semejante al de las monedas pequeñas al caer. En el patio se destacaba una fuente; los helechos se amontonaban alrededor y formaban una carpa verdosa, húmeda, que olía gratamente. Los pilares eran redondos, de madera, y en los sitios resquebrajados apuntaban clavos que, a veces, herían.

La casa no tenía muchas habitaciones. Los techos estaban contruidos de cañabrava y viguetas de mangle; allí las arañas tejían sus enjambres que tupían los bordes del maderaje. En los copetes de las camas, en los aguamaniles, siempre se hacinaban la polilla y una arena fina, dorada, que el viento traía del mar lejano. Dos hornillas permanecían prendidas; dentro de las brasas, de vez en cuando, se asaban una mosca, una abeja, que habían estado cazando el caldo que se cocía.

Detrás del corral, donde crecía un árbol de apamate, una quebrada corría, ahí las vacas iban a beber, mientras los torditos picoteaban sus lomos y yo pensaba en el día que viviese en Caracas, Caracas que la imaginaba igual al palacio más bello, inmenso, habitado por hombres gloriosos.

Juan es mi amigo y tiene unos ojos tan negros y tan grandes que es imposible que el sol, algún día, se los pueda desteñir.

Lo conocí una tarde, no preguntó por mi nombre, se quedó mirándome, quieto, tranquilo; contemplaba, a través de los vidrios de la ventana, las montañas con la multitud de casas esparcidas: sombreros que el viento hubiese lanzado. Le dije que me llamaba Lucía y él con voz suave, tierna, empezó a repetirlo, igual a si dijera el nombre de algún continente, de algún lago, de un bosque que estaba ansioso de mirar.

Me dijo que hoy iríamos a conocer distintos lugares de Caracas. No me explicó cuáles podrían ser. Cualquiera que sea el sitio que visitemos, encontraremos algo hermoso. No creo que exista la fealdad; si la hay, seguramente se debe a que no hubo suficiente claridad para apreciar en las calles la vivacidad de los colores, la paciencia de la brisa que toca los portones hasta que se abren haciendo un ruido muy parecido al que surge si se escribe sobre un pizarrón viejo, gastado, con muchas roturas.

Me acerco a la ventana. Una hoja amarilla cae sobre mi hombro. Me gusta, tiene el mismo color de mi vestido. La guardaré en uno de mis libros, todo lo que se parece a mí o a mis cosas siento que me pertenece.

El sol anuncia que Juan viene a buscarme. Pronto caminaremos juntos. Veremos calles, edificios, plazas, iglesias y en cada esquina, recodo descubriré un detalle, una brizna que nunca había visto, y en seguida recordaré el primer día que me regalaron un caballo de madera y me dije que en él cabalgaría a través de todas las ciudades del mundo. El caballo se rompió, pero ahora tengo un amigo y juntos conoceremos cada una de las casas de esta ciudad con nombres semejantes al sonido de la cascada cuando se vierte desde lo más alto de la montaña.

Junto a las escalinatas de El Calvario le digo a Juan:

—No bajemos rápidamente los escalones.

—Lucía, si quieres conocer esta ciudad debes darte prisa. Caracas es demasiado grande, y tanto que casi la confundo con un país.

Descendemos apresuradamente. Como me siento alegre guardo silencio. Juan me ha dicho que cuando esté contenta no hable; es preferible callar, de esa manera la felicidad no concluye, al contrario, permanece intacta, semejante a ciertos regalos que se guardan para que no se maltraten o se rompan.

El reloj de El Calvario es silencioso, como silenciosas son las orillas de los lagos.

Alto, con figura de visir, con color de nube que presagia tormenta, lo colocaron junto a la escalinata para que constantemente alguien subiera o bajara y de esta manera nunca permaneciera solo.

Jamás hemos oído su campana, jamás hemos escuchado su tañido que clama: una hora concluye y otra se inicia y esto se me parece a un libro que se lee hasta la letra última para en seguida comenzar otro. Y también me recuerda a la ola que se dobla, estalla, e inmediatamente otra la sigue y hace lo mismo y así sucesivamente para siempre.

¡Por fin estamos frente a la ceiba de San Francisco! Y se parece mucho a un fraile que continuamente escucha la lluvia, la brisa, el viento, los pájaros, y nunca cesa de estar guarecido por la techumbre del cielo.

Mira hacia la catedral y dime si su torre no recuerda la figura de un pastor que, diariamente, cuenta sus ovejas y contempla el cielo esperando, algún día, entrar en él.

Observa el reloj; suena constantemente y suena igual a un yunque que jamás se detuviera; es redondo, como redondo dicen que es el mundo, y fíjate: sus agujas se asemejan a las espinas que hieren, mas éstas en lugar de hacer daño palpan cada uno de los números, quizá tocando la ventana para que se abra y brote la algarabía interior de un patio donde juegan los niños de la tierra.

La retreta ha comenzado. Los músicos se aglomeran. Juan se sienta a oír las melodías. Yo me distraigo contando los músicos y viendo sus uniformes de un azul muy oscuro; en sus chaquetas distingo botones brillantes, como llenos de semillas.

Contemplo la banda, los atriles, los cuadernos donde están escritas las partituras y me digo calladamente: ¡qué instrumentos tan enormes son esos que soplan con los labios! Algunos son de oro, del oro que deja el sol sobre el horizonte del mar, del oro que tienen los árboles si el viento agita las hojas y el rayo cae dentro de ellas, es más, tienen el oro de los ríos cuando una estrella reposa en sus superficies, el oro de las casullas con las que los sacerdotes dicen la misa, el oro de las carrozas de los reyes, y ese oro que yo sola descubro si alguien grita de pronto: ¡Juan...!

—Lucía, mañana será otro día y es como si ambos nos dijéramos: mañana miraremos la hoja que hoy no pudimos contemplar, aquel grano que permaneció escondido debajo del almácigo de maíz.

—Pasada la noche, el sol alumbrará de nuevo, y volveremos a salir y admiraremos la ciudad donde marchan los seres, a veces callados, a veces saludando, charlando, mas siempre sin detenerse.

—¿Recuerdas aquel hombre que, con un saco de harina colgado sobre su hombro, escarbaba con un bastón roñoso un montón de latas vacías? Ese hombre no hablaba. Harapiento, tenía una barba larga, oscura; los cabellos le cubrían parte de las orejas. La piel tenía la resistencia de un muro demasiado arcaico. Le hablamos y sólo nos miró. Nunca olvidaré el brillo de sus pupilas, era un brillo que reflejaba un dolor muy profundo pero que soportaba quieto, calmo, mientras removía las latas y un olor a brea se esparcía en el espacio.

La noche comienza. ¡Mira la nube que envuelve la cima del Ávila! Allí, entre ella y la cumbre, ha asomado el primer lucero; es un lucero pequeño, un barco luminoso con forma de gota.

He llegado a la Plaza de Capuchinos.

La iglesia tiene algo de buey dormido, su torre me recuerda la paz de los caminos solitarios.

Los hombres andan por los senderos sombreados de la plaza, pienso si llevan consigo una azucena, un utensilio que, en algún lugar de la tierra, quieren depositar.

Los palomares descuellan dentro de los ramajes; los gajos se confunden con la paja de los nidos; las hojas se mezclan con el excremento de las palomas que vuelan hacia los espacios, son tazas que el viento levanta para regarlas, en las montañas, en los pueblos.

Nadie se detiene a mirar el campanario. La mayoría camina, como empujada por una ventisca que jamás se detuviera.

Muchachos, muchachas, adultos, siguen sus rumbos a través de la avenida San Martín; sé que cada cual lleva consigo sentimientos, fe, anhelos, secretos, mas todos se alejan, se diluyen en el tumulto, como se disuelve el sonido de la voz si se lanza un grito en la selva.

¿Es posible que vivan tantos seres que andan, hablan, saludan y después prosiguen sus rutas sin, tal vez, regresar, sin tal vez, recordar?

Entro en la avenida Urdaneta. La muchedumbre la recorre con avidez, con prontitud, como queriendo conocer dónde concluye. Las cuadras son anchas. En ambos lados sobresalen edificios muy altos; otros son bajos, cuadrados parecidos a los cajones donde exhiben las manzanas. Algunos poseen la esbeltez de la espiga del maíz, todos tienen tantísimas ventanas como agujeros hay en las redes de pescar.

Diviso terrenos espaciosos, aún sin edificar. La torre de la iglesia de la Santa Capilla es aguda, fina, una astilla inmensa que no roza, que no hiere; un vigilante que nunca abandona su puesto. Está el edificio del Correo Principal, no muy alto, fornido... un cordero que duerme apaciblemente, bien nutrido. Hacia donde miro descubro dimensiones distintas, pero ¿de dónde me nace la noción de lo inmenso, de lo grande, de lo angosto, de lo bajo?

Una bicicleta es un hipocampo inmenso, que baja por el túnel. El aire tiene la solidez de la pluma. Quiero tocar aquel poste, corro, lo palpo. Sigo, ¡cómo me alegra sentir que voy hacia la esquina y hacia la otra esquina y aun hacia la que no atisbo! No tengo impedimentos. Los impedimentos estorban, impiden que se disfrute del día fresco, limpio, pleno de sol y brisa.

Tropiezo con un latón de dulces y empanadas. Varios obreros trabajan en la construcción de un edificio. Otros delinean los bordes de las aceras y otros marcan las rayas que indican la curva o el margen libre de las avenidas.

Estoy frente al Museo de Bellas Artes, blanco: nube, semilla del fruto más blanco.

Entro. Sus corredores huelen a prado cubierto de hierba, el agua de su estanque tiene el sabor del remanso. El viento se desliza, es alguien en busca del albergue que para siempre lo protegerá.

¿Seré descendiente de Humboldt, ese hombre que descubrió ríos, selvas, montañas, cuevas?

Tal vez empujada por el viento, por la multitud, he llegado al 23 de Enero.

El 23 de Enero es uno de los lugares más poblados de Caracas, tan poblado como el fondo del mar, como el universo con todos sus astros, asteroides y galaxias.

Sus edificios son trasatlánticos inmensos que, anclados en alta mar, aguardan la salida y el abordaje de sus pasajeros.

En un portón un niño juega con una perinola, su hilo ágilmente se dobla, se alarga, se curva, mientras el niño inmóvil no ríe, no habla, permanece alerta al hilo que se estira, se encoge, forma una circunferencia que la claridad traspasa y el viento no destroza.

Juan ha llegado puntualmente. Me agrada su traje, tiene el color del níspero. No me dirige la palabra; pero no importa.

Paseamos por la Plaza de Altamira. Una grama verde, con tonos amarillos, rodea la plaza. Hay arbustos, pinos redondos, bancos. El obelisco es un mástil, una aguja inmensa. Más allá de las avenidas se encumbran muchos edificios, con balcones, puertas y helechos que la brisa mueve.

Nos sentamos en un banco. El estanque, colocado en el centro de la plaza, es ancho, largo; el sol penetra allí y se transforma, debajo del agua, en una cáscara blanca. Un barco pequeño, con una chimenea amarilla, navega lentamente, sus anclas oscuras y las jarcias metálicas. Tropieza con la orilla y queda fijo; a su alrededor: agua, espacio, cielo, cielo demasiado arriba, con las estrellas ocultas entre las nubes.

Juan se pone de pie. Corre hacia la esquina. Escoge una rama caída y comienza a tocarla.

Después coloca en mis manos algo tibio, un tanto carrasposo, ¡es un nido lleno de pichones recién nacidos! Me imagino que así debió ser el sol cuando nació y lo pusieron sobre la tierra.

Es oír la vertiente
(1973)

Estamos cercados.
El espacio amordaza.
La altura desaparece.
Se ha perdido la inmensidad
permaneciendo un oscuro cascarón
que busca afanosamente
el borde final del cielo.

La mano no tiembla.

Hay miedo.

Se ignora cuándo los dinteles

van a desmoronarse

y miramos la pared

la nombramos

desconocemos

si ella es ese lienzo que contemplamos

o si es un soplo

que comenzando lentamente

va agitándose hasta cercarnos por completo.

Nadie aguarda
nada espera
sólo se extiende el silencio
donde la cabeza cayó
para no levantarse más
a menos que siga mirando
y se encuentre con la inesperada sorpresa
de volverse a levantar
aunque a cada instante
caiga y ruede
como siendo otra cabeza
que cae y se levanta.

No se le conoce el rostro
sabemos que golpea.
A veces, escuchamos su rumor
que parece proviniera
del rincón más oculto
y le tememos.
No es agradable
sentir sobre la piel
donde habita lo conocido
un rostro distinto
un rostro que nos empuja
hacia sitios donde nunca antes
habíamos estado.

Mirar el fruto y sentir
después entrar en él
y quedar allí
junto a su lumbre
escuchando
amando
hasta que no sea posible regresar
a ese sitio de donde partimos.

Arribar a la hoja
y saber que jamás la habíamos habitado
que nunca la habíamos sentido
después no saber más
y quedarnos con ella
aspirando su lento fluir
su tímida convulsión
y ese límite, entrecortado y saliente,
donde no hay más claridad
que el estrato vertido
de lo que se alarga sin cesar.

Que invada
refresque
siembre.
Aguardamos la cosecha.
El campo está próspero
y sólo se requiere
que el árbol entre
para aprender a distinguir su cuerpo
y poseerlo
dejando que su rigor aquiete
permitiendo que su peso
se hunda en la piel
hasta sentir que en los espacios
vibra únicamente el latido amoroso
de su silenciosa entrega.

Se aguarda
y toda la tierra tiembla.
Allá el lodo intacto
la verja glauca
el sol abierto
y el fruto que se suelta
y cae dentro
fuera
en el origen de la quietud
y la sencilla lumbre.

Ese peso de las cosas
que si vamos a nombrar, estalla
ese sabor de la hierba
que si queremos brindar
se nos adhiere, ocultándose en seguida
es el comienzo original
y lo único que queda.

Que retorne la frescura a la cuenca
para sentir de nuevo
su constante dulzura
donde resuena el antiguo camino de los bueyes
y seguir
para que nunca más
la razón anide
en la senda oscura del hallazgo.

Llegar
luego hendir
y hendir más
hasta que no sea posible hendir
para permanecer en hilo
en estambre
en dulzura o simplemente
sabiendo que todo nombre
adviene del reticente amante.

No hay plenitud más cabal
que la de la piedra siempre piedra
y constantemente poseyéndose
con su portal
al final del último peldaño.

Saber que gira envuelta en luz
sombras
raíces
es oír la vertiente
y entrar en el esplendor
del íntimo reflejo.

Sentirla así
piedra y sólo piedra.
Después callar
quedarnos con ella
y ese inquieto latido
que no nos abandona
aun si es nuestra
la atenuante tranquilidad de la piedra.
Ella vive únicamente
de su íntimo secreto.

Que la tierra gire y no se desmorone
es certeza de nacimiento
y de la entrada precipitada
de los vientos y los hombres.
Y se clama y se palpa.
Hay que dejar a la piel
que roce con todas las demás
así se descubrirán las vertientes
y el testimonio brindará la rectitud
del vértice poseyéndose íntegramente.

No es que exista una enseñanza
es que el árbol y el espíritu
permanecen en lo mismo
llamándose
buscándose
para nunca cesar de mirarse.
Allí comienza la «a» a señalar
y el punto empieza a detener.
Luego viene el engreimiento
la duda
por último, la separación.
Entonces el árbol y el espíritu
caminan solitariamente
alejándose de aquel contacto primitivo
donde podían andar
las bisagras más arcaicas
de la puerta única.

Incesante aparecer
(1977)

Eras tan suave
caluroso
dulce
como lo más suave
caluroso
dulce.

Nunca dejabas de cantar
aun si llegaban las lluvias
proseguías con tu gorjeo
y tu nube de alas.

Y era agradable mirarte
chapotear el agua
trepar una roca
meterte en el río
brincar sobre las piedras.
Por eso jamás pedí
que te quedaras conmigo.

Te prefería suave
caluroso
dulce
de las acequias
los arroyos
los nidos
los aires
los espacios
con la redondez plena del mundo
y de los astros.

Te gustaba oler el jengibre
la hierbabuena
paladear el sabor claro del horizonte.
Si te acercabas a las raíces
buscabas aquella que de alguna manera
te podía indicar el rumbo
de la nube que no pudiste poseer.
Y mecías las hierbas
que ya nadie recuerda
y permanecías junto a ellas
por largo tiempo
llevándote entre la lengua
el grano blanco que durante días
había nutrido las aguas de los ríos
con los atardeceres y el sol.

Aprendí un hecho muy peculiar
poco asequible al pensamiento.
Ninguna palabra me habría de comunicar
con tanta plenitud
con tanta precisión
como ese vuelo tuyo
comenzando cuando querías algo
para ti solo.
Era un vuelo muy distinto
al que esparcías sobre los aledaños
sobre los linderos.
Contenía la exactitud
la velocidad
la seguridad
del que no ha de fallar
en su intención.
Y allá
entre las nubes lisas
transparentes
ruborosamente cohibidas
te quedabas.
Yo en cambio, pensaba en tu regreso
y me decía si no era ahí
en la distancia del azul
donde vivías
y habías comenzado realmente
a amarme...

Disfrutaba mucho
viéndole junto al alpiste.
Te acercabas poco a poco
con las alas intensamente extendidas.
Después, comenzabas a picarlo
a regarlo por el suelo
hasta que desaparecían los granos.
Llegaba el momento mejor.
Dabas sigilosamente un gran salto
y te remontabas contento
aleteando mucho
y sólo dejaba de contemplarte
al distinguir en tu plumaje
ese estremecimiento
que te impelía más
si tropezabas con aquellos límites
desconocidos para tu orientación
pero que contenían
no sé si el aroma de mi ventanal
o la fragancia que se posesionaba de tus alas
cuando llegabas junto al gajo maduro
y ya no había nada que hacer...

—Acércate
te dije en el preciso segundo
en que desplegabas las alas:
Hay cosas que jamás concluyen
y quien lo sabe mejor eres tú
que regresas diariamente
y picoteas la otra fruta...

Tenías tus elegidos
la rosa
el pan
la frente del buey
mi hombro.
Y prescindías de ellos
con suma facilidad
al vislumbrar entre una nube
el inesperado vínculo de un azul
únicamente para ti.

Me dio mucha pena
mirarte el copete
te lo había mordido un ave
una de esas aves
que nunca llegan allí
desde donde retornabas
cada vez que te llamaba.

Con una flor sobre tus alas
no tenía urgencia de preguntarte
si habías hecho tuyo
y para cada segundo
lo que jamás me ha sido dado mirar
sentir.

¡Qué hermoso era contemplarte
entre los tallos los bulbos
y picando aquí
allá!

Alguien me dijo:
—Eres indiferente
y yo que sólo entendía
el ritmo de tu acompasado vuelo
te dejé ir
irte muy lejos...

Muy pocas veces brotan las razones
de donde parten las alas
hacia los árboles
y la prístina luz de los horizontes.
Sólo una vez
llegaste muy en la madrugada.
No temblaban tus alas
ni traías polvo en el rostro.
Te paraste levemente
en el ventanal
con la indecisión
del que no quiere tocar tierra.
Días antes
habías recogido esas semillas
que te atraían tanto
por lo liso de la piel
y lo redondo de la figura.
Ya te veía junto a ellas
rodeándolas

cantándoles
cuando aconteció lo inesperado
a ninguna miraste
a ninguna te le acercaste
a ninguna le cantaste
lo que me cantabas
si te hablaba de tu belleza
y volabas
volabas
todo cuanto querías
lejos
cerca
aquí
allá...

Esa cercanía tuya sobre mis ojos
esa presencia diaria de tu mirada
esas historias repitiéndomelas
constantemente al oído
me hicieron comprender
que en cada palabra
viene prendido un ruego
un sollozo
un mensaje
casi nunca advertido.
Conocí por esa insistencia tuya
sobre las vegas
los cultivos
y las nubes frágiles del tiempo
que en la hoja está la hoja
en el verdor el verdor
y es solamente en el corazón
donde hallamos
y guardamos lo más amado
propio, imborrable.
Así
me fui dando cuenta de un detalle
no hubo afinidad mejor
ni más fiel que esa nuestra
nacida entre las brisas
las nieblas
las lejanías
y los instantes en que junto a mí
explayabas las alas
y una larga espera se acentuaba

un deseo latente me recorría
y si ya estuvieras de regreso
te habría de servir el agua
preparar la verdolaga
recibirte.

No teníamos necesidad de hablarnos.
Vivíamos
de lo que deponían nuestros ojos
después que se habían alimentado
con el ímpetu de la tierra.
Muy poco supimos de controversias.
Si surgía alguna
la arreglabas con tu dúctil vuelo
con la exactitud de tu cantar
llegando siempre con el sol
el atardecer, la noche.
¿Para qué
queríamos más?
Estaban tus andanzas
y ese constante ir y regresar tuyo
que traía consigo
lo más íntimo de lo íntimo
asentado en la gleba
la semilla
la amistad
el amor.

No te amé para el corazón
el corazón conoce sólo de cercanía
presencia
entraña.
Y yo... yo te amaba para siempre
en los espacios
en el combate
junto al desvalido
junto al poeta
junto al labriego
y en donde te pudieras desplazar
y humedecer tu pecho
elevarte nuevamente
perseguir a otro
ir de nuevo al pozo
hasta poseer la fragancia de la fruta pasional.
Y si me preguntaran por tu ternura
¿qué podría responder?
Tendría que señalar las aguas
las espumas
los celajes
el hombre
las lluvias.
Es difícil explicar lo tierno
si quien nos lo ofrece
es un pájaro semejante
a aquel mío
que traía consigo
las frescas espontaneidades
de los rostros

las arias inaudibles de las raíces
el mutismo de las rocas en las riberas.
Porque un pájaro que únicamente
trinaba, rondaba
sólo me podía brindar
la inmensidad de la tierra
y esos límites inalcanzables
para la mirada
y esos secretos indescifrables
que vienen junto con el canto el gesto, el amor, la muerte.

¿Acaso nos enseñaron las semillas
y las frutas que la vida es
el incesante aparecer de un niño
de una mujer
de una cascada
de un pueblo
aun del sueño
en el silencio de la tramada armazón de lo continuo?

Y mirabas las semillas
como quien ve extenderse riberas
y con ellas te remontabas
e ibas de una casa a otra casa
y llegabas junto a una puerta
y las soltabas ahí
no esperabas...
te aguardaban otras
ansiosas de viajes
espacios
sonoridades
anhelantes de hallar
la mano que las amara
como amabas y me amabas.
Las ponías en todas partes
en las horquetas
en los ramajes
y las recogías en la noche
para volverlas a esparcir
no sé si lejos
o en esos lugares conocidos por tus ojos
mas ignorados por mí
buscándote desde el alba hasta el alba
en que aparecías con el trino
y la fragante flor de una historia más.

Para elevarte
no necesitabas el estímulo.
Zarpabas
y viéndote
en la anchura transparente de los espacios
con tu cuerpo entre las nubes
insinuando la pequeña cerradura
de lo infinito
me imaginaba el alma
sentía el amor
pensaba en las semillas
que habías dejado en las cuevas
mucho antes que el sol escalara
el alto azul
de lo blancamente remoto
y te saludara
te besara
marchándote luego
lejos y lejos
allí
donde te requerían
las soledades de las márgenes
con un hombre rastrillando la salida
y otro llegando sin saberlo.

Me comentabas todos los días:

—Para la vida sólo existe
la necesidad de la unión.

Y si no quieres creerme
mírale el círculo a la tierra
ve cómo la sujeta
ve cómo mantiene actuante
cuanto vemos y no vemos
cuanto amamos y no amamos
cuanto nace
se multiplica
y muere.

Y proseguías

—Entonces
¿por qué asombrarse
frente a los muchos semblantes diferentes
y atemorizarse
ante el agua con el viento
y el fuego dentro?

Y lo repetías:

—La redondez del círculo
lo soporta todo
aun a ti
a mí
tan distintos uno del otro...

Si te fue cálida y oscura el agua
se debió a que de esa manera
lo percibía mi vista
mientras existía en ti
la precisión de alcanzar lo necesario
para el esparcimiento
de tu polifónico volar.
Y te alejabas de la llama, del fuego
sospechabas de algo extraño
parecido a lo irremediable del árbol seco
nunca igual a esa precipitación continua
de lo azul hasta lo más remoto.
Hoy me digo si no fue el azul de los cielos
lo único que no pudiste recoger
como recogías las hierbas
la paja, los frutos
mientras tu plumaje absorbía
la transparente y liviana garúa del amanecer.

Encendido esparcimiento
(1981)

Lo temporal es una repetición y le pertenece al Ser semejante a un reposo que desconoce lo que lo sujeta.

Como aquello que sostiene e impide que concluya la vida, así el ascua en el principio para la extensión imprescindible de cada comienzo.

Y surge un árbol
se aclara lo antiguo.

Aflora un río
fluye lo de siempre.

Nace un hombre y descubre la señal que antes no se había avizorado.

Si la chispa está en la chispa
es porque la chispa
no cesa de existir
y por eso está la muerte
entre la chispa del fuego
y las aguas de las orillas.

Chispa de la chispa
en la otra chispa
despertando en la caída
y el advenimiento
de la traspasable llama del aire.

En el suspenso de su fuego encuentra la otra red para nacer.
En su despliegue lleva lo que es suyo sin haber anhelado
poderes distintos a los de su propia tez, óvalo.
Ella misma es su fuerza, su distancia, su recorrido a través de
las blancas arenas y los blancos escondites espaciales.
Ella misma es su pasado, su presente, su futuro, cuando frente a
nosotros se desvanece su fulgor, quedándonos sólo lo
intrasmisible del Ser.

Esplende por redondez

Esplende por irrupción congénita de su propio fuego yendo y
por eso tal vez al hombre se le ha hecho posible sentir aquello
que no tiene asidero ni fijación.

Entre las manos que se injertan a la labor va ella quietamente en hilo que sin atar envuelve globalmente la redonda alegría del alumbramiento íntimo, creador.

Mas

si se apaga

no hay que espantarse, su permanencia nunca cesa, aunque no la encontremos dentro.

Jamás la chispa contradice al Ser.

Es chispa a cada instante.

Está la chispa
mas el precipicio es una presencia inevitable y rueda ella olvidándose
que en el fondo yace el mismo fuego del nacimiento.
Precisa continuidad invariable que no destierra ni vulnera el
hondo silencio, la honda presencia del Ser.

Para la muerte no hay reposo
para el árbol lo hay en su espacio de aires, lejanías.
La llama ardiendo en el gran boato
de los frutos
los coros
y la muerte una cosa más
de la feroz y expansiva infinitud.
Cuando morimos
no morimos
jamás muere el Ser
absoluto de lo infinito
y del hombre que muere sólo en hombre.

Ni redonda ni rectilínea
ni curva ni angulosa
brasa ella en su calor y su ardor por debajo de la llama siendo la
única en promulgar la imprevista dirección del fuego.
Y cómo soporta
cómo se acopla al esparcimiento de ese otro fuego que arde,
quema, vibra, cuando se cierran las paredes íntimas y nada
emana hacia lo amado y la raíz.

Que se apague o se multiplique es indicio de haber ella acogido
la honda señal interminable.

Así

debería comportarse el hombre para no alejarse de lo único
veraz, necesario, diferente, de cuanto lo ata y lo hace poderoso.

El poder es vuelo que nunca despega porque no es de
espacio, distancia, brisa.

El poder del Ser

es poder de poder Ser

en completo Ser

de Ser en la estrella

el fruto

el círculo

y los hombres.

El esplendor es del fuego y vibra la lejanía.
La paciencia es de la brasa y soporta el primer naciente
de la raíz.
La agilidad es de la chispa y en ascenso ama al espacio,
lo ilimitado.
Del Ser es Ser para el derroche complejo de lo infinito.

La necesidad de la rosa en alcanzar la otra que aún no apunta
ni abre su aire propio de blanco fuego que la sustenta.
Jamás se opone el Ser y ella se encontrará con aquella
otra que siempre está por vivir.

Al tocar el fuego se olvidan las ausencias
las distancias
aun el odio
el amor
así de rotunda su íntima condición, su ínsita presencia para
desahogo de lo infinito.

Mas
cuando se prende frente a nosotros y lo miramos por largo
tiempo pareciera que un velero hubiera desplegado sus
velámenes.

Así de flexibles son sus movimientos, sus elevaciones,
el instante en que se dobla, sucumbe, para verlo crecer lejos
como llegando a otra isla.

El Ser jamás es resistente, nunca es contrario al aparecer,
desaparecer.

Te has alejado de lo solitariamente doloroso.
Has encontrado lo que se te había escapado, olvidando que
cuando algo es nuestro, es nuestro y de nadie más.
Vuelco del vuelco
fuego del fuego
levantando el ser tuyo y sin saberlo.

Abiertos los muros. El aire.
Y entre las líneas de las distancias vemos llegar la cruz de un
arco para la reposada mano que ama.
Concluyen los escapes.
Dentro
en lo más propio inapresable, la cóncava fogata del tulipán
enaltecedor.

Instante en que la vida nos muestra un punto cromado de original y
primer brote.
Instante en que saboreamos la perfecta curva de un nombre que no
tiene Nombre; es siempre el mismo y sin repetición.

No hay planes para la flama.
Mas vive el hombre de planes escapándosele la paz y con
la paz la calma para nutrir el grano y asentar el vínculo amoroso.
Insiste el hombre en el poder
duplicándose las coordenadas del arabesco, el ópalo y el oro.
El poder es una espesa neblina y como tal arranca los ojos
para que no se contemple el perenne dolor de lo que
oprime, ni se llegue a ese lugar oculto, íntimo
de cada quien que tanto requiere, exige.
Cuando la piel contiene el abarcante gris de la niebla es
indicio de nunca haberle llegado el mar
con el blanco azul de la llama.

El hombre en su ahínco por la materia y lo material ha
olvidado ese círculo suyo, interno, solitario,
imposible de colmar con oro, gloria, poder.

El hombre no recuerda al Ser. Apenas conoce su nombre. Vive
ignorándolo y quizá por ello tan afanosamente, tan desesperadamente
experimenta, crea, investiga, maltrata, destroza...

¡Qué hosco el paraje del poder!
Y hosco por haber olvidado los hombres que detrás, en sigiloso
escondite, esperan los huecos de profundidad incontable.

Cuán ausente la mirada
cuán triste el pensamiento
si no hallan en el guijarro, la bruma, la faz, el árbol,
lo que nunca cae, jamás se desmorona,
invulnerable, inespacial.

El canto es suave, suave lo que adviene desde la hondura
del comienzo.

El canto es dulce, dulce la palabra cuando brota del origen
íntimo, ancestral.

Y la voz

un tiento en la prematura aparición, una fluidez en lo
intocable de la abertura.

Luego su extensión, su arribo para que los que buscan y
anhelan, encuentren en ella la lumbre requerida de lo abierto
y sin otros bordes, otro sustento, que su suave y dulce
prolongación.

Así emana el fuego, pasa.

Así el fuego con el esmalte de un sol para el ascenso suave,
dulce...

Así el Ser en Ser de Ser, siempre Ser en el hombre y lo infinito.

Del antiguo labrador
(1983)

El alcance de lo infinito

I

Porque brota el agua y estalla lejos, nunca se podrá impedir el alcance de lo infinito.

Porque se desliza jamás podrá alguien detener la mano que se adelanta y rescata al hombre en su infinita caída.

Y porque bulle, se ama y se reconoce el ademán del que no sabe de cascadas y menos sospecha de esas otras aguas amorosas con sabor a oro dulce, vaporoso, flotante.

II

Calla el agua y es el hombre quien toca su variable naturalidad.

Calla el agua, mas es el hombre el que la busca y se reclina junto a ella.

Calla el agua y es el hombre quien la atrapa y la esconde dentro.

III

Si miras el cielo miras el agua.

Si miras el agua miras el cielo.

Si miras al niño miras al agua y al cielo.

Y si te miras, miras lo que ya sabes y conoces de la tierra con el agua y esa otra tuya que resguardas para aquel recóndito campo que nadie mira ni ama.

IV

Sólo cuando al desamparado lo cubre lo fresco y fértil de las aguas, comprende el primero de los caminos.

V

Le es fácil dividirse, separarse. No sabe de cerraduras ni de celdas.
Pero lo íntimo sí conoce de la noche con el amanecer.
No se le mira boca alguna.
La boca da salida a la caverna con la estrella creciendo en el fondo.
Busquémosle una aldaba y se encontrará sólo un reguero de polen multiplicándose.
Ella, tan propia, tan nuestra.
Tan limpiamente fango, duelo, portavoz.
Tan mía hábil; tan dulce, fiera. Tan siempre lejos, entre la tierra y la fugaz distancia.
Ella, tan corta e inmensa; junto a los bordes y al lecho abandonado.
Ella, tan dócil y violenta frente al acantilado y a la mirada que la busca.

VI

Dentro de ella los espacios.
Tú, con la gran ala de múltiples ornamentos.
Ella, con infinito blusón deslizante.
El, con tesón y hermosa inquietud de fiero trago creciendo más.
Pero entre el agua y su indetenible faz se escurre la antigüedad, darle las espaldas no es acertado si se quieren conquistar los centros congénitos del círculo íntimo, indemostrable.

VII

Nos viene desde aquel primer fuego y desde aquella primera mandíbula de montaña.

VIII

Por el agua que emerge del hombre que ama, habrá en cada ciudad una cumbre, un árbol, un manantial y aún habrá esa ladera silenciosa, íntima, donde recobrar el horizonte enterrado por la tenebrosa ansiedad.

Y porque jamás deja de cubrir la tierra, podrán los hombres renacer y alcanzar el primer centro del arraigo y la plenitud.

IX

El agua hace al árbol permanecer y al hombre ser fiel a su propia e innata transparencia.

X

Cuán parecida es el agua a ciertas almas, mientras más distraídas y más calmas, más traman dentro.

XI

La libertad del agua.

¿Dónde está la tuya?

Reposa el día para que tú descubras, mientras el agua sigue con su abierto rostro de vidente, y su asiento a cada segundo elevándose, bajando, derramándose, cosiéndose a la tierra.

XII

Cuando llega, la mano se abre y encuentra el cauce; si se aleja sólo queda un vasto desierto con la huella reclamando.

XIII

Para que brote no requiere de ninguno de nosotros; necesita del aire, de la hoja, de la espora y la raíz, aun del deseo de tenerla siempre consigo, y no perteneciera a nadie más.

XIV

Para que aflore la sonrisa basta mirar la claridad de las aguas en su curso de blanco sol sobre la tierra.

XV

Se precipita la vertiente en el desierto.
Brotó la flor que no quisimos conocer, esa que nunca deja de estar, esa que jamás cesa de crecer para el hombre y su estada permanente.

XVI

Pequeña si la encierra el punto, grande al crecer consigo misma y lo demás.

La tenemos en las manos.

La arrogancia nunca ha visto su semblante de múltiple valle transparentando.

Las cimas la recuerdan. La recogen las siembras. La retienen los hoscros rostros sin posibilidad.

¡Ah, si fuera de un solo hombre o de una sola mujer!

No se nos escapa. Permanece con nosotros igual a como está lejos.

El arcabuz la desconoce. La necesita el labio.

El disparo le abre un surco, ¿doble, maligno, benigno?

El sol jamás la ha herido, no tiene dónde fijarle arpón o rayo alguno.

Ella con su clara abierta claridad y su zumo que carga al fuego.

Ella con su tez y su aire de inmensa distancia blanca.

Espumosa, sabia, inabordable al hundirse en la sabana y entrar en la oculta semilla del comienzo, de ese lento, inaudible, siempre igual, siempre el mismo y desde siempre vertiéndose entre la tierra y lo remoto, entre la vida y la muerte.

XVII

Tú, que piensas sin cesar, ayuda al que no tiene.

Tú, que nunca has visto, acércate al que te aguarda y te necesita.

Tú, que te precipitas con la intensidad de la angustia, haz que todo ciego descubra su mirar.

Tú, que no tienes heridas porque nunca pides, calma la del hombre al despedazar la tierra y cerrar los ojos para no ver el denso y oscuro relámpago final.

Tú, que vives en cada quien, detén tu empuje si alguien se te acerca y te arroja el círculo del secreto, aquel que empezó un día al penetrar los ojos en la inmensidad y sentir el hombre que algo podía detenerse.

XVIII

Si la tocas, la separas.

Si la sujetas, otro la olvida.

Si la encierra el estanque, queda igual al estanque.

Llegas, la contemplas, la agitas, la utilizas.

Y te retiras.

Es cuanto pasa en la vida.

XIX

Si se abre, mírala.

Mírala es verte y verte es mirar lo que amas, buscas, dejas o muere.

XX

Tan diferente en los espacios, tan igual a sí misma.

Tan distinta al alma que nunca podemos mirar.

Dentro de su cuenca ella y nosotros nos reconocemos,
en el círculo envolvente y en esa corriente suya
yendo irremediabilmente hacia la última vía.

La faz rodante del grano

I

Va el niño sobre la tierra.

Van las nubes, los cardos, las cabras y las aguas.

Va el niño junto a la arboleda crecida para él, para otros, aun para el ausente fin de lo más propio, inaplazable.

Ha desenredado las arenas. Ha masticado la urdimbre del agua y acumulado el verdor

del bosque cuando el bosque le es bosque de ladrón o velero ágilmente aire.

Nunca ha paladeado la efervescencia de un río estancado en los labios ni ha rozado la fragilidad del círculo quebradizo, instantáneo.

Va el niño sobre la tierra.

Va, como si todo él fuera el mismo día recibiendo la indetenible luz.

No conoce de palabras, sabe de ellas si sus manos palpan el fresco claro de la espuma, y un borbotón de brisa le entra por el cuerpo, despertándole la mirada, el pulso.

Se detiene entonces. Mira.

Es el instante en que pronuncia algo semejante al sonido de las hojas al ser empujadas por el viento.

Va el niño.

Va hacia donde están los aires, las lluvias, los hombres.

Y únicamente si sus pupilas tocan lo hondo de la tierra se le ofrece el nombre junto con esas aguas inapresables por las que prosigue hacia la montaña más nítidamente suya, de cada quien y cada anhelo.

II

No son los hombres de las ciudades los que escuchan los pasos del mundo.

Son aquellos de la faz rodante del grano quienes oyen e incendian los fulgores con los que día a día aflora la vida aun si el aire nos enmohece y de las profundas minas y los densos mares no se extraen más esos medallones milenarios expuestos libremente al cálculo, el análisis y la precisión.

III

Son los hombres del claro esplendor de las hojas los que cargando consigo el grano y la armonía aprehenden mejor esa luminosa permanencia que envuelve las aguas para nutrir el alma y sembrarla junto a la pupila, la hierba, junto a la semilla y el ascenso pálido del segundo en el día con el amor.

IV

Cuenta un cantar de la siembra que teniendo un hombre el grano de la cosecha no supo qué hacer, marchitándosele en indetenible oscuridad.

Otro hombre, avizor y alerta, conoció el grano y enterrándolo en el borde de su corazón y el de los pájaros, se fue por el cielo hacia la rada donde aguardaban las multitudes.

Allí aconteció lo que había de suceder. El grano creció y creció hasta duplicar su faz y con ella el corazón del hombre que supo amarlo con los pájaros y las multitudes.

V

Y de un grano nace la tierra, brota el vínculo, emergen la paz y el aroma.
De un grano irrumpe el amor. De un grano surge la palabra del círculo.

Y por un grano crece lo único propio, intraspasable y arribamos a lo que no podemos evadir, a eso que por sobre el recuerdo, el día, la hora, nos asienta mientras va empujándonos lentamente...

Y en un grano hallamos lo que permanece y descubrimos la ineludible blancura del imprescindible principio.

Con un grano vamos hasta el fin.

Con un grano suplimos lo ausente, el abandono, el desamparo, y se une el hombre a las aguas, a la tierra, al viento, a los cielos, haciéndolos suyos, de su vida, su alma y su muerte.

Y por un grano padecemos lo que nunca se nos desprende, sentimos lo que jamás se nos muestra.

Y un grano, uno solo, simple, abierto, blanco, es para el anhelo del hombre la mejor contestación a su soledad, a su ansiedad, a su requerimiento de círculo, a su urgencia de proseguir en el fulgor de lo inacabablemente siendo.

VI

Rueda el grano sobre el musgo, el margen y la cresta. Tras él van las manos y al encontrarse saludan a la tierra liberándola de los pozos coronados, perfectamente arbitrarios, dominantes.

Rueda el grano, un niño lo toca y se transfigura en grano para la arena y la cuenca.

Un ave hace cáscara.

Una mujer lava oscuridades.

Un batracio entra en la savia para el germen del terrón con el sol encendiendo.

VII

Un grano es principio minúsculo, infinito, principio infinito, ínfimo.

Un grano es coraje de sabia estabilidad, silencio de armónica sugerencia.

Y un grano es lo veloz, el trono, las facetas, aun lo imprevisto del azar y lo inquebrantable del blanco apuntando siempre en el horizonte y lo nunca vislumbrado.

Por un grano se prenden las hogueras, se reproducen las vestimentas, merodean las fieras entre rayos abiertos, perforadores.

Y por un grano ametrallan los palacetes; estallan los marfiles; húndense los aderezos y recobra el pájaro su aula y su felicidad.

En un grano nos topamos con el cosmos y el asaeteado pie del gigante.

Y por un grano se destrozan las ciudades. Funda el hombre el origen.

Establece el adolescente su semejante y esparce la mujer agua, abono, almíbar.

Un grano es conjuntamente lazo, compás, ordenamiento.

Y es igual a la leyenda, al mito, los une un mismo centro, aquel del círculo con lo inacabable del cielo y lo bajo de la tierra.

Mas un grano es también el primer ángel para el festín de los niños, o apenas un soplo para el tifón que arrasa techumbre, vino, pelliza.

Un grano es grada, ámbito, constelación del primer y único alumbramiento infinito. Y es un salto interminable donde la mirada del hombre persiste, donde la voz adulta entra para oír lo otro, aquello igual a lo propio e ínsito del grano siendo en el temblor de la lluvia, o en la vasija de redonda y lisa concavidad.

VIII

El hombre palpa el grano.

No recuerda que hubo de conquistarlo.

Y si ha de hacerlo nuevamente suyo, ha de sentirlo con el mismo ahínco, y la misma constancia con que yace en sus sueños el requerimiento por lo más cercano y más amado.

Del antiguo labrador

I

Se viste el hombre
con el traje intocable
del antiguo labrador.
Ante la fragancia de sus hilos
se dirige al campo
es allí donde lo reclaman
los cantares oriundos de la labranza
del árbol y las aguas
es allí donde se asienta mejor su vestimenta
porque es allí donde nacieron sus alforjas
y ese color fosforescente del ropaje
extendido por sobre el redondo espacio
de los siglos y segundos.
Contempla los extremos de las copas
de las sierras y las nubes.
Fija su mirada en cada gajo
en cada cercanía y distancia
y ni en las altiplanicies y mesetas
ni aun mucho más allá de las crestas
en el esparcimiento de las ciudades
de las alcobas
las aulas y los lechos
encuentra el fuego de un fruto
siempre ahí
prendido y oloroso
para todo aquel en busca de tierra
que sujetar y prolongar.
Sintiendo entonces, que en su alma
sólo alberga la presencia

de los que nunca conocieron
el zumbido fresco de los ríos
ni supieron de las brisas
cuando resuenan en los espacios
la continuidad del zumo primerizo
coge las semillas y se las ofrenda al sol.
Se halla triste su alma
se halla triste su sangre
en la que se agolpa
la urgencia de sembrar
hasta en la desértica ponzoña.
No le hablan las fases del mundo
ni le resplandecen las palabras
con sus siembras
de inacabable profundidad.
Se le han marchado las pupilas ajenas
hacia los horizontes.
Descubre inmóvil la memoria.
Ve cómo las celdas eslabonadas de la inercia
habitan aún el pasado del río primitivo
con el trueno
y las grandes algas del amanecer.
Hacia el lugar que contemple
sólo encuentra
torsos alambrados que huyen
labios huecos
irremediabilmente carcomiéndose
espasmos contagiosamente agónicos
quedándole como signo de su mirar
hacia la tierra

la mujer
el niño
y el anciano
una hiriente zanja
honda
y tan honda que se liga
al peso incontable de la inmensidad.

II

Mas impulsado
por los primeros inicios de la mano
en busca de hierba y techumbre
no desiste en vigilar las savias
las raíces
y sigue allí
donde mismo y en lo mismo
conducido por el anhelo único
de revivir lo decaído
y maltrecho que se aposenta
hasta en las cáscaras abandonadas del sueño.
Es dueño de un lema aprendido
en el horror oculto que no se descarga
en el rechazo contenido que se desconoce
en los vientres que se inflan
y se inflan hasta desgarrar el día
tocar la noche
y ese lema absorbido
en lo que jamás pudo izar
su afluyente de aguas comunicativas
vive en sus ojos

en su piel
en sus venas
ayudándole a constatar
la inclemencia con la que se hundan
campesinos, cosechas
y se pierden y se olvidan
voces de otras voces
más voces
buscando la desembocadura enorme
de la luz llegando
siguiendo dentro y hacia...

III

El hombre que luce
las primigenias indumentarias
por los requerimientos del surco y la fertilidad
anda veloz
encendido
sumando los restos yermos de las parcelas
marcando las vasijas en las que quedó latiendo
la ansiedad de miles en recibir y acaparar
el esplendor de un astro nunca visto
pero añorado y esperado a cada instante.
Y va...
va hacia todos los costados
hacia todas las alturas
hacia todos los recodos y escondites
llevando consigo el dolor de los que callan
de los que lloran y padecen
porque jamás han visto brotar el pan

la mazorca
el pozo de cristalina infinitud
con la luz dentro.
Y no se demora.
Le son asequibles las aguas detenidas
lo irresoluto de la mirada.
Y mientras más le asombra
el mutismo de las pieles
a punto de irse en el vaivén
de los horizontes partidos
más aprieta la azada
el surco
y más cultiva aquí
lejos
en la indecisión de los que aguardan
en la timidez de los que ignoran
en cada sitio en donde
socave la angustia
y no se derrame el soliloquio
de las acequias, las azancas.
Aun si estrella su rastrillo
contra los oros despiadadamente reprimiendo
no prescinde de su capa de primer labrador
de primer cosechero de la vida
junto a la expansión de un nombre
y otro nombre
para otro nombre
entre cada crepúsculo
y cada blanco hallazgo del renacer.

Concavidad de horizontes
(1986)

La falsedad

Corva ladina.

Lomo jactancioso.

Contiene un poder: saber observar, luego elegir y después asaetear.

La tierra se hizo junto con lo eterno. El hombre falso nunca entra allí. Sus oscuras maniobras lo habitúan a vivir en el lado tramposo hasta que se le ciegan los ojos, mientras el tiempo va abriendo en otros distintos, lo uno indivisible, inapresable.

El que es falso tiene un atractivo: su culposa bondad. Ahí, él manda y con suavidad de hierba tiende la mano, aplastando casi para siempre. Ocurre que por debajo de las hierbas los manantiales irrumpen y no es posible detenerlos. Mas, los falsos aman sin distinguir entre la carroña y el polen, sin diferenciar entre lo áspero de la crueldad y el cuenco cálido de fondo blancamente solar.

De vez en cuando caminan con tristeza para ser acogidos. Convierten la dulzura en sarcasmo y la pasión en abarcar toda la piel del cuerpo contrario. Ríen con dolor, creyendo de esta manera llenar los vacíos enormes de la ambición. Jamás poseen la transparencia para besar con la sinceridad y el resplandor del agua. Y si callan es porque no saben dialogar acerca de lo veraz de una vinculación, de una alegría, o sencillamente del amor.

Una mujer falsa, mejor la piedra, el vendaval. Un hombre falso, preferible la soledad, el silencio. Porque la falsedad es la mejor astucia que nos impide reconocernos, aun reconocer. Y si somos capaces de ayudarlos, sí nos asombra el mundo, redoblándonos el anhelo por lo justo y lo amoroso.

Jamás soportan. Repelen la blancura de las nubes, la claridad del almíbar.

Nunca sostienen la mirada en punto alguno, manteniéndola esquivada como arañando fuera. Desean un fin: saciar el peso inquieto que impulsándolos los enerva cada vez más.

Buscan para lamer.

Insinúan para arrancar.

Entretenidos, no confían en nadie. Provocan la confianza. Al requerir, ejecutan sin inmutarse, sin perturbarles la rasgadura hondísima que produce esa astuta y engreída complacencia, característica que no los abandona si son descubiertos y, en el caso contrario, rechazados. El único interés que los conduce radica en conquistar los trofeos con que les estará permitido acariciar la mano lisa, fina, de cualquier pudiente o en abrazar los cuellos relampagueantes de aquellos que van aprisionando hasta lograr lo suyo: la absolución de los poderosos con sus redes de lujosos escorpiones.

Concavidad de horizontes

Si tocas la calma no tocas lo que pertenece al oro voraz de los hombres.
Si le das la mano a la prudencia hallarás la llave que nadie quiere por ser diferente a la astuta vanidad.

* * *

Anhelar la calma, la paciencia, significa darle vueltas al guijarro hasta que nazca ese que de vez en cuando obtiene la suficiente velocidad de arar hasta lo último.

* * *

Alegría es el fruto en los espacios.
Paciente el alma al entrar en el bosque de lo cada vez naciendo.

* * *

Los cielos pertenecen a la paciencia con lo infinito como cristal de copas.

* * *

Por el cristal de lo infinito la repercusión.
Por el amor el tejido de la tierra.
Por el dolor el hallazgo de lo que cae y se incorpora.
Por la paciencia el descubrimiento de la astucia que un día confundimos con el amor.

* * *

Si el hombre fuera semejante a la redondez de la tierra ¿dónde irían a vivir la crueldad, el sarcasmo, la lujuria?
No lo sabe el sol, menos el alma que llega junto al Ser.
Si el alma fuera igual a la tierra ¿podría la astucia alcanzar el beneficio de su tesón?

Ni aun los que perecen en las trincheras pueden responder. Pertenecen a la voracidad de los que con sus arpones y sus garras jamás transigen.

La cruz del soldado es la única señal audaz para que se busque la redondez del amor y sean la maldad, la avaricia, la astucia quienes deban huir hasta desaparecer en lo infinito del cristal.

El empuje de lo voraz alerta al que calla.
Se presienten escaleras hasta el fondo de la piedra primigenia.
Se atisban cureñas, invaden las cumbres.
Se descubren lanzas como pájaros cruzando selvas.
El amor mira.
La humildad guarda silencio.
Hasta que la voracidad pasa, dejándonos.

* * *

Se abren las nubes.
La lluvia descende. Se ablandan los frutos y toda la sed de los pobres
se aplaca.
La voracidad se pierde entre los arados del miedo.

Si miras el vacío encontrarás el horizonte del primer y único principio.
El vacío, el horizonte son cauces de la voz sorprendentemente única.
Y si eres humilde no preguntes, ella mira lo que tus ojos no alcanzan a ver.

Humilde la semilla que brota de la tierra y siembra su propia copa de árbol.

Humilde el hombre al descubrir dentro de sí un principio semejante al del sol, al del agua, al de la estrella.

Humilde la palabra del poeta al irse hacia los espacios sin saber si habrá de perderse dentro de los rostros, o si la acogerá aun aquel desprovisto de palabra, amor, compañía.

Nunca es reconocida.

Nadie la ha visto en el conglomerado de las armas.

Pero un arma recostada de un portón tiene la humildad del que da su vida en la trinchera.

Es fácil hallar una hoja sobre una laja.

La palabra humilde la encontramos después de la escalada y la estada en el ascenso.

La humildad pertenece a lo más solitario y alto de la tierra.

Lo que va por debajo puede ser altura que estando en lo alto le es fácil resistir y seguir la luz en la claridad del sol.

La luz, el ovillo de todo hilo prolongándose hasta que no hay más.

El amor ama, esa su habilidad, ese su don.

Y la torre distante es conclusión de una arcaica paciente entrega de los hilos amorosos que no cesaron de prolongarse.

El amor no desiste. Conserva sus extremos. Acrecienta los centros hasta el primer punto del comienzo.

De allí su distinción con la piedra entre el pozo y su continuidad frente a lo voraz tragándose hasta el final del astro.

De aquí su tiempo de poblado, valle, su ademán de cava, colgadura, su figura de cesta y blancura alargándose a través de su observación y el tino con el que ha de acercarse.

La habilidad es el primer punto sobre el que giran la tierra, el hombre y la inmensidad.

La concibe el árbol en su silueta de campana lentamente ascendiendo.

La ofrendan las aguas al no concluir.

La inscribe la brisa al rozar los valles y las semillas soltar sus aros doblemente dobles para la paz, el amor.

El amor. La mano se tiende. El rayo.

El amor. La habilidad despierta y comienza su red a envolver lo que nunca tuvo red, menos rayos de sol sobre la puerta del albergue.

Lo hábil pertenece al segundo de la espuma, a la hora del alba.

Nunca se retira. En oleaje fértil de caracol carga su hilo e hila hasta que alguien dice: Espera, estoy aquí.

Amor el alma frente a la mirada donde cavan las alas y sólo una alcanza la inmensidad.

Amor el alma que oye y no se retira.

Amor el alma que mira y mirando se queda igual a la tierra frente a la estrella de lejanía irremediable.

Amor el alma que al amar inclina la cabeza y toca el fuego del centro único y primero.

La raíz es señal de alguna torre vigilante del alba con el sol y el anochecer. Y es indicio de palabra nacida en el espejo propio e íntimo donde rueda la tierra y un silencio bordea semejante a una mano elevándose desde la cuenca hacia la superficie de las espumas.

Una raíz apretando a otra es indicio de soledad, de voracidad.

Mas una raíz que brota desde el fondo más turbio es señal del amor allí, conjuntamente creciendo para...

* * *

La explicación podría indicar una cuidadosa, esmerada astucia del pensamiento.

La presencia del amor sin abalorios ni recursos jamás es astuta ni voraz.

El amor carece de vestimenta, la debilidad también. Cualquier vestidura les sería un desierto, nunca una ganancia.

Avara la flor que nunca abandona al sol.

Codicioso el guijarro asido siempre a la cuenca.

Lento el amor por aprehender lo que en el gesto vive y se oculta.

Dulce el recuerdo si la memoria nos acerca a lo que una vez fue redonda presencia de lo asiduamente anhelado, de lo constantemente buscado por y para el alma.

Si sujetas la raíz y te adueñas de la estrella ¿significa que amas?

Mira si entre las manos algo permanece.

La piel es silencio que refleja la profundidad del tiempo.

Ropaje de ceniza
(1993)

Esa sangre latiendo
sin otra cercanía que la del viento.
Ese rostro contra los espacios
serenamente deshojándose hacia dentro
donde la huella no cede.
¡Ah de su irrompible resignación!
La piedra permanece
para que lo frágil se sostenga.

Litigios bestiales
endurecen la agilidad de los anhelos.
Calla la palabra.
Sobre la carne pesa
el molde oscuro del universo.
Quedan la punta combativa
y esta otra de ambigua médula viscosa
que al romper el vínculo
rompe la sola voz de la certeza
en el sembrado polen de la fe.

Y si el filo nos desgarrar
hasta el borde
donde resguardamos lo otro
aquello de un día o un abrazo
¿cuánto tiempo habrá de pasar
para que el paso halle su paso
y la mirada encuentre
el cálido río del acercamiento?

En la faz seca
de árido boscaje
esta
la extraña
enconosa
arrastra consigo
el perturbado umbral del nacimiento.
¿Qué pecho no ha paladeado
la acidez de su carrasposa ansia?
¿Qué sangre no ha padecido
el empuje de su desafiante virulencia?
Raja y es relámpago.
Estalla y es tormento
hasta el final del acto.
Su sarcástica cortadura cruza el rostro
igual que un desconocido amanecer.
Entre los labios y las pupilas
se disparan las audaces lavas
de la hecatombe.
Espada de las peores
hiere y no disculpa
destroza y no mira
besa y arrastra
derrumbando el valle blanco
del corazón amante.
Sin auras de alas en albas cantos
sin brisas blancas en claridad de vínculo.
Rasgando el profundo pozo de la dádiva.
Sacando
su argamasa agria de pasado.

Fuego del abandono.
Ladrillo de la soledad.
No se suaviza
si el amor la roza
y la dulzura se le tiende en ascenso terso
lentamente.

Astro de la ceniza más cruel.
De afilados clavos lentamente aniquilando.
Hay dolor cuando se nos hunde
como aguja en el alma.
Perla con ojos de hiena.
Agarrotada hiel.
Hoja acerada de la intimidad
que busca el trasfondo último del brillante.

El día no equilibra
su íntima claridad.
La zanja abierta
da paso a la lucha.
Ausentes la fragancia del árbol
la alcoba adherida al tejido
del día con la noche.
Sin reposo la calma
la negrura.
El dolor dispara su dolor
de dolor vivo
desengaño, muerte.
Las caras alargadas
se aglutinan en rocas densas
punzantes.
Un animal salta
sobre púas largas como nubes.
La pared es envuelta
en la sucesión glauca de amaneceres
con el humo de asfixiante agarradura.
Descarga el fusil su veneno
de antigua cobra imperial.
Los dedos en la leche
acapanan su calor.
La mano tantea el escondite.
La hojilla corta.
El grito llega hasta
la última garúa del cielo.
El gesto en turbulento golpe
asedia la corroída angustia del cansancio.

Un ave cruza
lo manchan las heridas nacidas
bajo el atardecer
y huye
hacia el lejano olor oscuro de los bosques.
Un hombre recoge los escombros
escupe hacia el lado blanco del sol.
La arboleda se hunde.
Desaparece el agua.
Batalla que no conoce de cestas dulces
ni de esa voz de lo siempre acá
allá
hondo
como montaña sumergida
regándose.

El oído escucha la mejilla
traspasada de espacios
la osamenta repartida a lo largo del hierbajo
la miseria y sus rosas de rabia
la pobreza y su tacto de carbón
la tristeza y su ropaje de ceniza
el dolor y su infinito.
Espadas del alma
que rechazan la piedad
y tienden la garrocha hiriente del despojo.

El broche del garrote
ha partido las puntas de los extremos.
El cielo se resguarda
de las babas marcando
la partida de los muros.
Torneado está el espacio
por la sangre demorada de los principios.
Suspendidas las aves
un cuerpo corre con el desamparo
para rasgar las alas blancas de los altares
las alas, alas que nunca duermen
sólo alas.

La cabeza se vuelca
rueda
como si jamás hubiera sentido
la penumbra roja del sol
entre los bosques.

La cabeza
al desamparo
al olvido
al vacío de un péndulo sin horas
de un fruto sin cosecha de almíbares.

El niño la recoge
como quien sostiene lajas.

La cabeza junto a su pecho
muda
semejante al horizonte
si no lo respalda la claridad del día.

El viento acrecienta
el perfil innominado de la cabeza
entre las manos pequeñas
de raíces idas
de celajes lejanos
de albas nulas
dispuestas a soportar el peso
cruelmente peso de oscuridad.

Muros en descenso
explican la longevidad.
El adulto crecido
junto a brújulas oxidadas
no aspira más
el vegetal aire del día.
Los pies no le responden
cuando se le dobla el torso y un llanto
de crecida montaña íntima
le brota rompiendo el silencio de la piedra.
Aún no se le conoce nombre al llanto
de veloz respiración mortal.

Brota la voz
desde su entumecida raíz
¿cuánto tiempo sin la blanca
hoja del amor?
¿cuántas horas sometida
al desdén inicuo del oro
en el oro cortante
de las alas sólo ellas?
Arranca la voz desde su solitario origen.
Abre el terruño.
Revienta los cimientos.
Asalta el portón
y se desbanda enfureciendo
las verdosas tejas de la calma
la escondida frustración
de un requerimiento nunca al sol
al canto
nunca al espacio cóncavo
de la arboleda roja de los siglos.

Jirones de tablas
caen entre rocas empapadas.
Dorsos inmóviles carentes ahora
de la incambiable cercanía
se ausentan del blancor terrestre
espacial, círculo.
Entonces
¿cómo clamar
cómo decir
si la voz y la palabra se han hecho
inerte soledad de andamios
sin ríos ni aves?
La mano junto al eslabón
retiene el himno del sudor combativo.
Se ignora si un sol habrá de sembrar
donde la cabeza no cambia ni se sacude.
Cabeza de estallidos
con las venas hinchadas de ferocidad
con el corazón donde se apelmazan
los despechos nacidos
junto al aire de los velos
junto a las rejas de caprichosos torsos
enmohecidos por el ensimismamiento
constante de la postura.
Mudez para el que se aleja del sol
y halla la entrada.

Desconoce aquel
por qué tanta sangre derramada
pareciendo la tierra sangre
y no agua, árbol.
Nunca ha tenido en las manos
la cadena azul de un hilo sobre la hierba.
Conoce el hueco oscuro del cuarto
donde cabe solamente su cuerpo
de abandono greda
duro
de hierro.
Quedan una luz para su mirada
unas grietas para sus dedos.
Espacio, espacio de su cuerpo:
espada solitaria
anhelante, sin saberlo.

Empieza a reflejarse el sueño
de lo nunca antes conquistado.
La entraña de los espacios está abierta.
Fluye la armonía de la raíz
con la piel y el anhelo.
Al fin, un hombre entra en el sol.
Adelante, el talle se expande
y comienza la fragancia a esparcir
la clara
clarísima claridad.

Aún el que no llega
(1993)

Muy distante el sol
¿dónde el punto
dónde la línea?

Un solo punto
Un solo abismo.

El abismal silencio
punto de ser.

Punto de la flor
Punto de la piedra
Punto del árbol
Punto del cielo
en los cielos todos.

Los puntos en las alturas
Las alturas, las otras
prenden brillantes
oros, lanzas
Las alturas
las más altas
las más cercanas
Los puntos
sobre las cimas calladas del abismo.

La noche corta
el último esplendor
Sola la piel de las cortezas
Sola la piel de las piedras
donde la línea se curvó
hasta redondearse
en piedra de punto
punto de piedra.

La forma es la mano del instante
Lo inseparable lo propio de la presencia
El círculo, lo no cerrado del punto.

Puntos en la medida:
hábito del volumen
Voz de los espacios:
líneas de los ríos
que no repican
se curvan si la corriente vira
hacia lo hondo
arriba
lejos.

Sobre un punto se detiene el aire
el viento lo atraviesa
el punto desciende
lo rescata el oro del sol.

Los puntos llegando atrás
Los puntos saliendo fuera
en el arenal de las espumas.

La línea sube
alcanza un punto
La línea desciende
El punto arriba.

El gajo se disuelve
en el agua del pozo
El silencio pareciera descifrarlo
En los espacios un punto.

Otro instante más de la línea
Más espacios: el círculo
el punto ha volado el horizonte.

A través del punto
la simple advertencia
del primer instante puro
del tiempo en su oscuridad.

El centro
y lo transitorio
Lo transparente
y el osado punto del origen.

La línea es el punto
y el punto el vacío
del primer salto original.

Pequeño
sí
lo pequeño del punto
en el sueño
con los disfraces del sol.

El punto escarba
Arriba
el consuelo del azul
El punto empuja
entra en el horizonte virgen
hasta hacerse doble
Se acepta lo doble.

Lo suave de blanca estela
La espuma: temblor
La línea separa el aire de las aguas
El horizonte en extendido viento
se duplica
queda un punto
donde antes nunca hubo otro.

Desconoce el punto
el momento en que lo angustioso se nos clava
Ignora la línea
cuando el corazón halla
el arca dulce de los arpegios
esos que se escuchan
si la soledad busca
su templo de campanario anunciando
el aire de los presagios
el agua de los olvidos
lo neblinoso del fin último.

La palabra se balancea
entre la penuria y la agresión
entre la valentía
y ese anhelo como de ancla
buscando aquella otra lineal honda.

La desolación tritura
el banco largo de los tiempos
Solos el punto y la línea
Solos el hombre y su hambre
el amor y la calma
Sólo el círculo
en la vibrante intensidad
de lo que comienza, concluye.

Un círculo
y aconteció que el alma escuchó
el cóncavo soplo original.

Generoso
el que pone el oro
en la línea del círculo
y aguarda.

La mano es principio del enlace
entre el alma y la inapresable vastedad
Así crecemos
así recogemos
así seguimos hasta que el fin
se nos hace punto abierto
del otro extremo, traspasable
continuo.

El sol
El agua
La brisa
Los hombres
Un punto
otro punto
y otro más
aun el que no llega.

Árbol del oscuro acercamiento
(1994)

En el centro de la semilla el comienzo
en el centro de la luz la penumbra
La ciudad
llanto, ceguera, estupor
El sol aposenta en el alma
La lluvia cae entre las hierbas
y desaparece
Las copas se vuelcan
desbordan el convulso valle íntimo del desamparo
La mirada no se asombra frente al paso
hacia la sombra del árbol.

Con sus redes en los espacios
entrelazando el tiempo, este árbol
hilada de las cenizas
trompeta de los orígenes
entre la hondonada
y los hombres que miran
donde pulsa la ignota cumbre
de lo para siempre
siempre ignota cumbre.

Para un hombre y una mujer
la negrura es centro
del ensarte inseparable
de las aguas con la tierra y el sol
de la redondez del árbol inconmensurablemente abierto
para toda pupila que hile su hilo
y beba hasta el fondo último.

Rompe y hallarás
lo que va entre los aires
hacia donde la copa ofrenda
y la mujer se tiende junto al pozo
con la nube dentro
para escuchar el río nuestro
del propio sonido interno:
rastros de la tierra
en el camino del árbol inarrancable
y la abertura del relámpago.

Para los ojos la sombra nunca está
El alma lo advierte
al sentir lo imposible de evadirla
Es cuando crece el poder de la palabra
como si fuera la mejor brisa
para suavizar la oscuridad
plena del escalón fijo
hacia abajo
en el árbol completo
de las raíces inagotables.

Una lámpara ilumina
Alumbra fuera
y dentro del árbol
Es la lámpara que vive
cuando nos invaden
los ramajes inagotables de la negrura
Entonces
la fruta del origen se abre
el labio se le acerca
Ausente la sombra que rodeó
hasta el momento en que descendimos
con la lámpara allí
lo mismo que todos los días.

Se contraen las siluetas
dejadas al amparo de la ciudad
El mutismo respalda la palabra
La sombra del árbol
en los ocultos parajes de la piel
en la paradoja del corazón
y su anhelo de cavidad
cumbre, soledad
Y no hay oposición
entre las redes continuas del agua
y las del viento
entre los extremos de la tierra
y la figura doble de los espejismos
La mirada dirige las distancias
coloca el punto
La voz estabiliza el vacío
abre el olvido
El árbol aguarda.

Y no hay quien lo sustituya
fijamente ahí
En toda piel de amor
en toda lejanía de silencio
en toda matriz de agua
sin más ni otro de largo, lento
o semilla así
sin canal ni ruedos
En la hora detenida del avance
Árbol del punto solo
en lo infinito Uno del brillo.

El árbol de oscuridad
conduce al silencio de la palabra
La reciedumbre sostiene los sueños
La ciudad se somete al desalojo
al desamparo
al dobléz de los espejos
con las escaleras como pájaros
de inertes cúpulas
y suspendidas cruces
La sombra del árbol no le impide a la vida
pertenecer a la tierra
a los hombres
El cuerpo la acoge
El alma la traspasa
para entablar lo nuestro
mismo parejo de la lámpara toda.

Nos desprendemos del bullicio
del abrazo, la alegría
detrás quedan la hendidura
el agua
la vía hacia las alturas
la brecha hacia la tarde
junto al aroma de los albergues
donde los hombres se rechazan
desconociendo cómo el oleaje
en puro vuelo de cambio, sol, brisa
nunca se opondrá a la noche
al sueño
buscando su copa de brillo
en la cima blanca del relámpago.

De las aguas al cielo
por el paso de la noche hasta llegar
Ningún lote
Ninguna barca
Sólo el relámpago de la cumbre
a la hora en que muere la piel
y la visión abandona
los presagios íntimos
los rastros premiados de los sueños
lo ondeante del azar presente
cambiante
Ausentes la hoja y su sed de distancias
el vaso donde tomar
el primer sorbo del día
Lo infinito Uno es el pozo
donde acampa lo quieto nuestro
total, inalterable
Brillo del ave en la cumbre.

Lo Uno global consigo
en la lámpara toda
de inmensurable nuestro
sin riberas para comenzar mañana
en el sol
o junto a la paja
con el guijarro blanco
de la redonda original profundidad.

Calma

si desaparecen los contrarios
y un ínsito alumbramiento
se riega en transparente y dulce
comunidad de hierbas.

Finito propio
infinito Uno
sin caídas
ni centros ni engrandecimientos.

Del alma frente al oscuramente árbol
queda apenas un brío de asombros
con la lámpara
para descubrir lo que antes nos fue invisible
y sentir lo que llega
cuando la infinita claridad comienza a ser
interioridad nuestra
infinita.

Júbilo al ser la lámpara
infinito Uno del brillo
sin normas, contajes.

De negrura inmutable
de despliegue sin órdenes
de corte contra el cielo y la tierra
él, el árbol
Y la lámpara
para lo nuestro interno
de lo antes, después
Ave de la infinita cumbre del relámpago.

Campo de resurrección
(1994)

Nacemos en un solo segundo
el de la entrada al sol
a la tierra
a las planicies donde se clavan las casas
y alguien camina hacia el albergue
sonoramente sólido
total
Y nadie sabe
si nació antes o nunca
para el tiempo demarcador de las huellas
con su canto
en la correspondencia sellada del espacio.

Se es semejante al espacio
a los muros
a la hierba
aúna los escollos que resisten la inmensidad
Y pasamos
nadie detiene el cambio
Lo descubrimos
al escuchar el grito del niño
que anuncia la entrada
al círculo del mundo
al de la palabra
como el mejor campo de resurrección.

La calma del que nace
es más calma
que la del aire sobre las aguas
que la de su mirada al detenerse
en los recodos de la habitación
y crecer sus pupilas en anillos limpios
latentes
de red viva, indetenible
en cada momento de sol y oscuridad.

Las pupilas del niño giran
no han aprendido a detenerse
viven el vínculo comenzado anteriormente
cuando las sangres se fundieron
y unidas
continúan siendo en el ademán
en el cuerpo
en su hambre
de interminable saciedad vital.

Los ojos cerrados parecieran
no querer abrirse más
El sueño de su faz
es la única señal
de un mar anterior al gesto
de un mar perdido
cada vez que la boca lo anhela
y empieza a ingerir lo suyo solo
cierto
sin medida
Ventanal.

Los labios de la rosa
empiezan en el resplandor del aire
de la brisa y de las alturas
Los labios del que nace
comienzan donde no entra el sol
ni el viento sacude sus grandes faldas
de los más vulnerables lenguajes.

La frente venida
del origen germinal
es suave, pequeña
imposible de surcar
imposible de recorrer
El calor de los pies sube hasta ella
Es un río en busca de la desembocadura
primaria
salvadora.

La calidez de la lana en la piel
y la sangre
Los ojos para no despertar
Las manos para agitarlas
cuando el espacio se interpone
entre las mejillas del pequeño
y el brazo que lo sostiene
como hendidja.

Con los dedos toca
donde empieza la tierra: en sus labios
y con el ímpetu se aproxima
a los ocultos hilos móviles
que hilvanan la compañía
la hora
la agresión
Nunca la vida contiene mejor comienzo
que este
callado, sutil
andando sobre los años
hacia el camino del arribo.

La espera del niño
No es de tiempo
es colmar el vacío dejado atrás
por el salto que dio
de la claridad de los valles íntimos
hacia la precipitación de la ciudad
con su saludo de estupor y habladuría
de miseria y sonora vibración mecánica
de padecimiento y aquella requerida voz
de ambrosía, yunque, prolongación.

No hay brisa que impulse más a sus labios
que el hambre suya
interna
asida a los dedos
a la boca
con el estricto mandato de chupar
como si el mundo fuera
un solo trozo
ilimitado sin máscara
retiro o caída alguna.

Los pies, las piernas
el torso, las mejillas
el abdomen, las mandíbulas
siguen ansiando
la redonda enrojecida cáscara vaginal
Lo demás
distante, ajeno, extraño
no vive para él
aun si su hambre está colmada
Entretanto la tierra prosigue
en su vuelo de hoja yendo hacia el poniente.

La cabeza entre el ropaje
con la saludable quietud
del que no conoce
la dañina alarma del despojo
del asalto

La cabeza
viva, espacial
no intenta descifrar
el dolor de las heridas
la sequedad de las cortezas
el endurecimiento de los pálpitos

La cabeza
redonda y para sí
pegada al otro cuerpo
la mano resbala sobre el pecho
y se mantiene:
hierba entre riberas.

La boca agarra el pecho
y el espacio se le desvanece
Los ojos se le cierran
Las pestañas se le unen
Regresa al niño
lo más ansiado
ausente ya
Dentro de él
el hambre original
crece suavemente
hasta sentir la sacudida
del viento sobre la cara
por primera vez en contacto húmedo
franco
con el pezón
en su redondez andante
de anillo primigenio.

Los labios se acercan
a la barbilla de fina punta valiente
de resistente cántaro
que extrae el líquido
cada vez que empuja el seno
y no hay más espacio
ni ningún otro cuerpo
que no sea ese, junto a él
creciendo en germen
pulpa
raíz:
Predilección.

La cabeza se le inclina
El timón aún no le ha llegado
No hay remos que enreden sus lejanías
A su ancla le falta descender
y traspasar las cerradas profundidades
Sólo el espacio de los horizontes
del pezón
de los brazos que lo acarician
vigilan ese cuerpo frágil
dormido en la claridad
donde un día descubrirá el nombre
el volumen
lo ínsito de ser para...
de ser hasta el fin:
Proa.

En la mirada adulta
el asombro de contemplar
un comienzo nuevo de cuerpo
con semblanza de brújula
llave, viola
con sangre de manantial
distanciado de los hombres
que al lanzar sus dados
juegan con la vida del planeta
en su silencioso giro
de alma para siempre:
Ánfora.

¡Andén múltiple de cristal

tú

belleza!

Piel uncida a la primera vez

en la singular mano copa del niño

y su hambre igual a él

a ti

¡Amor!

La flor, el barco, el alma
(1995)

El rayo abre en el recuerdo
lo fragmentado del olvido
el despertar del sueño
cuando pisa
el lado contrario de su perfil.
La flor en la abertura del origen
y su inalcanzable principio original.

Arriba a la intimidad
y no posee otra razón
que la de permanecer
sin silueta, sin trampas ni presiones
Bebedero del alma.
Bebedero para acercarnos a los rostros
y tocar las mejillas, el encalado
con las escalas fulgurantes de las horas
los siglos, la eternidad.

Para mirarla
raspamos el cielo
y se desprenden las nubes
la lluvia, la centella
aun lo luminoso, esférico, espacial
desde el primer instante del sol.
Ni aun así
concluye nuestra reyerta contra la inmensidad
como si a la flor
no pudiéramos arrancarla de los cielos, de la tierra
donde cabe lo que se dice de ella
nunca parecido a cuando vive
dentro del largo pasadizo del alma.

Ni se retira ni desiste.

La carga el rostro.

La lleva el sueño.

Y

¿por qué no ha de contenerla el potro

la madera, el sedimento?

Pertenece a una rueda

que se abre, se cierra

se cierra, se abre.

No hay flecha, detención.

El ave adelanta, haciendo estelas.

El ave fuera, en luchas y estallidos.

Jamás sobre la superficie
donde conviven
el trigo blanco de las lluvias
y el anciano que unido al brillo de sus latas
aguarda el fuego de un barco
con redes de nubes.
El sueño nunca rechaza
lo posible de lo inexistente.

Están las flores de la lluvia
del mar, de los pasadizos.
Esperan un viaje del que jamás sospechan.
Son flores
y ella es la flor:
anciano dormido al pie del árbol.

El tegumento, la articulación, la piel
ruedan hacia aéreas distancias
llegando a traspasar
hasta el último de los celajes.
Y ¿puede extrañarnos
que el fruto perezca en los aires
ninguna mano recoja la pobreza
y en la choza
el goteo constante de la soledad
oscurezca la greda
con la flor jamás flor del portón
la frente, el lecho?

Las aves se distancian
si el sueño no escala
¿Quién la retiene
si ella está dentro del palpito
con quietud de cristal rodeado de nubarrones?
¡Ah tu flor!
¿Pequeña, inmensa?
Tú
Centro de navegación indescifrable.

Las cascadas pasan
entre los dedos de las mujeres
para que las pupilas busquen
la orilla despejada de esa flor latente
entre las que a cada instante
nacen y mueren.

Nunca una flor es la otra flor
y nunca la otra flor es la flor
de inaccesibles costados.

Dobleces andantes:

Un horizonte sobre el acantilado
y una ciudad
hacia un acorde cubierto de nidos
como pequeñas plazas acabadas de nacer
aun así, no la vislumbramos
y ella sin réplica, sin prisa
sin el barco que presiente la cumbre
y abandona sus flores.

Las astillas del astro desaparecido
las carga el pájaro en su rumbo.
Lo mismo hace la flor de la cresta
al llevar consigo su rango de altura
su estirpe de flores cercanas
nunca siendo la flor aquella, requerida
sin nada en lo visible
sin todo en lo invisible.

En lo invisible
lo entrañable que expone la voz
la palabra.
La escritura es un hilo alto
largo, denso, traslúcido
que horada desde lo oculto
sonoro de la vida
hasta el tiempo de la memoria
donde de vez en cuando algo yace
y cae quizá para la flor
que igual al olvido es inaprensible.

Barco de vetas
combas y palabras.
Neutro
pluma, carta y contención.
Sin determinársele el camino
envuelto en flores
de la flor aquella del alma
que mira al barco desplegar
arribar.

La palabra es la orilla de aquel tallo
desde el primer instante solitario del vacío.
Tiempo parejo de lo inmensurable
igualmente aquí
en los cardones de hiriente boscosidad
en las tejas destruidas por el desamparo.
Y ella íngrima, inexistente en los arcos de las flores
en la corriente de lo justo
y alguna calle envuelta
en la alegría de un camino
inexplicablemente inmenso.

El silencio se hace invisible
si la mirada busca esa flor
y un barco semejante a los barcos
nos abre la puerta
en un mar que no es mar
en un mar que semejante al silencio
no es el silencio de la flor.

El pensamiento desabrocha el origen.
Ella, tan lo mismo, intocable
vislumbrada dentro de esa otra flor
subiendo a flote
como la única estrella del mar.

De lo invisible emanan los hilos
que denuncian la voz
y lo existente es una piel
nacida de lo inexistente
para la palabra y el vínculo:
unión del pistilo con el agua
de la sombra con el cuerpo
del viento con las flores de la tierra
y ella en la tierra de las flores
que al apuntar en el alba
cambian de riberas
y se borran en el mar
de las dentaduras inesperadas
en la inercia de las catedrales derruidas
nunca exactas
entre los reflejos de las distancias.

Lo invisible no es tan invisible.
El vacío es su carpa
que bambolea y se quiebra:
estás con lo exacto
y ella con nada y sin nadie.

Lo exacto de la flor vive
en su silenciosa afirmación
al dejar que los gajos se repitan
y el cuerpo entregue
su anchura de cúpula mortal.

Y lo exacto
en el impalpable ensarte de la flor
con el círculo del sol
y el fugaz número de la inmensidad.

Mas lo exacto
en el fondo de los relámpagos
en el fondo tembloroso de la palabra.
La flor entre los días
y el alejamiento repentino del amado.

Si los tallos de la soledad brotan
hay que dejarlos crecer.
Algún día
dirán lo que la flor dice.

La recibió el corazón
se le había atado un pétalo
del que nunca supo dónde comenzaba
dónde concluía.

Nunca antes habíamos sentido
la presencia de una flor intocable.

Suave, ella
sobre lo blanco de lo lejano
que entrega las horas del tiempo
el camino y sus señales de silencio.
Así el paso del hombre
que el polvo cubre
para resguardarlo
bajo el pie de los árboles.

La flecha partió los ramajes
y en la tierra hubo más árboles
más copas
más caras en la ciudad de relámpagos.
La hierba tropezó el azul blanco
de esa flor lejanamente silenciosa
mas en el alma:
fuego inacabable que edifica.

Acércate a la flor.

Mírala

ella se oscurecerá en el instante

en que la claridad

empieza a regar

los vacíos interminables de la memoria.

Lo visible no comienza en la luz
empieza en lo inexistente de la flor
al fluir junto a la mirada de un niño
en la figura de un árbol
en la exactitud de un poema.

No la apremies.
Jamás ha sido palpada
ni por esos tallos lisos
puros, del tiempo.
A lo impronunciable se le respeta.
Nunca responde la flor
aun si el campo de las flores
la contiene.
La espuma vive
dentro de la soledad de las arenas.

El árbol blanco de la espera
se encamina hacia las raíces
ella, allí, en la altura, en suspenso
semejante a la lluvia que no cae.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Imprenta Bicentenario de Carabobo

ISBN

978-980-440-115-2

Depósito legal

DC2022001407

Caracas, Venezuela, octubre de 2022

La presente edición de
ANTOLOGÍA POÉTICA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de octubre de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Antología poética La lírica de Elizabeth Schön es de una magnitud extraordinaria, pues, como indicio de su afición por la filosofía, examina profundamente al ser reflexivo, contemplativo, en su relación con la naturaleza. Desde una emoción intuitiva, realiza un escrutinio de la dimensión metafísica del ser humano desde una voz honda, que hace resonar en el lector los efectos de la vastedad del entorno y sus criaturas, así como reminiscencias telúricas a través de audaces imágenes poéticas: “Calla la palabra. Sobre la carne pesa el molde oscuro del universo”. En la poesía de Schön, la forma como se enumeran los ríos, los árboles, las montañas, los llanos, cobra vida a través de un lenguaje diáfano, preciso, que logra cristalizar imágenes refinadas sensorial e intelectualmente. Además, aporta a esas indagaciones ontológicas su particular mirada desde lo femenino a partir de su experiencia y sus propios descubrimientos. Sean en verso libre o en prosa, sus poemas dan cuenta de una versatilidad y genio, que la hizo destacarse como precursora del género de la “novela lírica”, categoría híbrida aplicable a “La gruta venidera” (1953) y “El abuelo, la cesta y el mar” (1965).

“Poeta abstracta y tímida”, así la llamó Ludovico Silva en unos versos que le dedicaría en 1983, recalcando el carácter filosófico-metafísico de su obra; Elizabeth Schön quiso otorgar de contenido humano a la poesía, al formular preguntas trascendentes y vincularse con la realidad para exaltar sus virtudes y horrores.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

